

De 12 Kiur
"Dande Nree h
Aurora" 1961

A manera de prólogo

No soy un escritor. Apenas sí puedo decir que soy un pintor puesto en la necesidad de escribir, pero quiero valerme de todos los medios posibles para difundir entre mi pueblo, lo que he visto y vivido en China, durante los meses que recorrí las tierras "donde nace la aurora", en estrecho contacto con sus gentes maravillosas.

De los obreros de Shanghai, y de los viejos talladores de marfil de Cantón; de los campesinos de las comunas populares y de los estudiantes de Peking, recibí el afecto y la fraternidad, que son los de todo el pueblo chino para con los visitantes extranjeros y para con todos los pueblos del mundo, que "tienen un sólo corazón", como dice una canción popular china. Su recuerdo me conmueve, porque al conocerlos, comprendí el profundo sentido práctico de las palabras amistad, fraternidad, paz...

He intentado expresar esto, aquí, tal como he intentado captar las imágenes de China en mis apuntes y

platas, en todo lo cual quisiera poner la verdad simple, sin artificios retóricos o plásticos. Reclamo, pues, para estas páginas el mérito de la veracidad, que tal vez sea su único galardón, pero basta para satisfacerme.

Sobre diversos aspectos mencionados, consigo cifras. Pero afirmo sinceramente que ellas ya no reflejan la realidad. Han envejecido. Pues en China, como en todo el mundo socialista, las estadísticas son la más fugaz y volátil que puede encontrarse. Mis cifras no sólo son viejas ahora —a casi dos años de cuando fueron anotadas—, sino incluso en el instante mismo en que me las daban, la velocidad de la construcción socialista las había rebasado.

Si los lectores conocen el libro de María Teresa León y Rafael Alberti sobre China, recordarán esta cita: "Si alguien os dice: leed un libro sobre la China para saber lo que es ese país, puedo aseguraros que os engaña de buena fe. No, no hay pluma humana ni documento fotográfico capaz de daros la imagen exacta. ¡Que pobres son los idiomas humanos para transmitir lo que estamos viendo!". Doy prueba de la veracidad de esta conclusión. China no puede ser relatada, pintada o fotografiada. Necesita ser vista. Aquí, apenas hay una pálida estampa de su grandiosa. Y si Yuan Chen, despertando de un sueño de doce siglos pudiera leer estas páginas, repetiría su poema, aquel que comienza diciendo:

"No hables de lagos ni de torrentes
al que un día vió el mar..."

Arequipa, 1° de julio de 1961.

EL AUTOR

CAPITULO I

Lima - Pekín

Yo vengo de Pekín.
Pekín
sin mandarín,
ni palanquin.

Nicolas Guillén.

Abandonar la Patria significa adquirir una nueva condición: la de extranjero. Donde vamos, sobrepasando nuestras fronteras, adoptamos tal actitud, lo hayamos percibido o no.

Extranjero me "sentía" ya, en la primera escala prolongada del vuelo Lima-Zúrich, la isla de Curazao, en el elegantísimo hotel en que alojé a su pasaje la compañía de aviación. Y más extranjero, si cabe, me hicieron sentir los policías venezolanos que en el aeropuerto de Maiquetía, Caracas, nos atendieron a todos sin despegar la mano de la pistola, con ofensivo ademán y escrutadoras miradas. En Paramaribo, un pedazo colonial en el "Continente de la libertad", el barro, las lluvias torrenciales y el calor me hostiliza-

ron. Y tras cruzar el Atlántico, otro tipo de extranjería sentí frente a los suaves, amables y elegantísimos agentes policia- les en Lisboa. Los viajeros fuimos obsequiados con sendas botellas del legítimo vino de Oporto, muy agradable, aunque seguramente no era tan antiguo como la permanencia del se- ñor Oliveira Salazar en el gobierno de Portugal, donde no era tan amable y suave con su pueblo como sus agentes con no- sotros.

En Zürich, la amabilidad de los aduaneros rompió las barreras idiomáticas, haciendo que un viajero se arranca a en alabanzas a la "democracia suiza". Mas tarde tendrís ocu- sión no de leer una denuncia del Partido Suizo del Trabajo, contra la censura de la correspondencia, la interferencia de las conversaciones telefónicas y los allanamientos policiales acasumbrados en este país "modelo". Mi espíritu "extranje- ro" chocó contra la lengua alemana, comprendiendo apenas el significado de los "nein" y los "ja", felicitándome de poder seguir mi viaje con prontitud, a Praga, la "ciudad de las cien torres".

Modesta denominación. Son por lo menos mil. En cualquier calle o avenida que me aventurara, el cielo estaba perforado por las agudas torres medievales. Las iglesias sur- ren a la vuelta de cada esquina, y multitud de edificios están coronados por imágenes religiosas. El puente de San Carlos, por donde me adentré en el viejo barrio de Malá Strana —reco- rriendo las lecturas de Jan Neruda—, me rodeó también con sus figuras religiosas. Cruzé el Vltava por otro puente, para llegar a la colina en cuya cúspide se levanta el gigantesco mo- numento a Stalin, como centro de un grupo escultórico con- memorativo de la lucha contra el fascismo. Pero, también por toda la ciudad, en los muros de calles y plazas, se ve placas recordatorias de las personas fusiladas por los nazis, al pie de las cuales, marchitas y frescas —según los casos— cuelgan

coronas y ramos de flores, que dicen del permanente homenaje del pueblo checo a sus mártires, tanto como expresa su voluntad de paz y su odio a la guerra.

En Praga, una noche, en los alrededores de la estación ferroviaria, un robusto y sonrosado obrero ferroviario, descubrió en mi rostro mi condición de extranjero y me hizo los honores consiguientes ante sendos y enormes vasos de cerveza checa, mientras me "explicaba" o preguntaba mil cosas, valiéndose del idioma mundial de la mímica. A las diez en tanto los bares se cierran y fuimos despedidos junto con todos los parroquianos. El ferroviario, después de explicarme gráficamente lo que podría pasarle en manos de su esposa por llegar muy tarde a casa, me abrazó fuertemente, eso fue como sentir la amistad plena de su pueblo, y se alejó. Recuerdo siempre su jovialidad y sus carcajadas ruidosas, como una estampa viva del pueblo checo.

De Praga a Pekín, me llevó un reactor soviético TU, haciendo paradas en Moscú, Omsk e Irkusk. En Moscú, la escala, que debería ser de una hora, se alargó a seis por el mal tiempo, las que pasé en el aeropuerto. Como había dejado mi maletín en el avión, y no veía forma de preguntar en cual de todos los aviones esparcidos en la pista era el que me conducía, para recoger algunas cosas, allí estubo en el salón del aeropuerto moscovita, sin dinero y hambriento justificando por seis horas, las afirmaciones propagandísticas del llamado "mundo libre", que dicen existe hambre y privaciones entre los habitantes de la URSS. Y por seis horas fui un habitante hambriento en Moscú.

En Irkusk, el mal tiempo volvió a detenernos unas 20 horas, que en parte aprovechamos para visitar la ciudad, gracias a las facilidades brindadas por un amable y alegre funcionario del Aeroflot. Paseamos Irkusk riéndonos de las versiones que presentan esta ciudad como un campo de traba-

los borzados, habitado por "enemigos del régimen soviético". Horas después, nuestro TU se elevaba sobre el lago Baikal, cruzaba la Mongolia y nos dejaba en Pekín, la "capital del Norte" —"Bei-jing", como pronuncian los chinos— y pisaba tierra en la República Popular China.

He mencionado el sentimiento de "extranjero" que a uno lo invade en tierras extrañas. ¿Que de singular tienen los apretones de manos, las sonrisas de bienvenida de los chinos, y la musical entonación del español que emplean las muchachas intérpretes, para que tal sensación de "extranjero" se borre, se diluya ahora, a su conjuro? Algo familiar flota en el ambiente, de inmediato, y esta es la primera e íntima sorpresa que experimento en China.

Pekín recibe a los viajeros de nuestro TU con una fina lluvia, que horas antes ha debido ser fuerte chubasco a jugar por el piso anegado. El calor es fuerte. Estamos a comienzos de Agosto y el verano es severo. Así, la lluvia es un regalo del cielo. Pero los chinos no permiten que me caiga una sola gota, cubriéndome con una vistosa sombrilla de papel impermeabilizado hasta abordar un automóvil, en el cual nos dirigimos a la ciudad.

La carretera, es ancha, de cemento, orillada por arbolillos gráciles, y cruza campos verdes de cultivos. La ciudad no se divisa siquiera y apenas, a lo lejos, hay algunos agrupamientos de casas campesinas, grises y bajas. El camino está ocupado por verdaderas caravanas de carretones con ruedas de goma, tirados por caballos. Van rebosantes de verduras hacia la ciudad. Los conductores llevan largos impermeables de goma color mostaza, unos con capucha alzada otros luciendo los amplios sombreros puntiagudos de bambú tejido que es lo primero y lo más típico que en el extranjero se difunde acerca de China. Algunos camiones enormes y ruidosos se adelantan a los carretones, también cargados de pro-

campestres.

Ahora, vamos avanzar en sentido contrario un grupo de muchachas deportistas, que visten pantaloncitos y zapatillas, y van al trote. Las trenzas se agitan en las melenas sueltas, en otras. La lluvia les ha mojado el pelo, pero no les borra la viveza de los ojos, ni espantan con que nos saludan al distinguimos como extranjeros y apercibirse que venimos del aeródromo. Agitan las manos y siguen su carrera. Fue mi primer encuentro con la juventud china.

Más de media hora de viaje separa a Pekín de su puerto. Nos introducimos ahora por diversas calles condecoradas por casas de color gris ceniza, la mayoría de un solo piso. Al comienzo, las veredas no existen, y la tierra espionada hasta la curva se muestra, aunque la pista está adoquinada o asfaltada. Los comercios son abundantes y sobre sus fachadas cuelgan avisos múltiples que, con sus jeroglíficos, parecen una exposición de dibujos abstractos. La gente transita cada vez en mayor abundancia. Nuestro automóvil se ve rodeado de otros vehículos, en su mayoría carreteros que llevan todo lo imaginable que pueda existir, y las bicicletas ruedan en verdaderos enjambres. En las esquinas controlan el tránsito orgánicos policías de casaca blanca y gorrillo de igual color. Llevan pantalones azules y botas negras. Llevan también alreos palucos o trenzitas, pues como sucede en el tránsito con mujeres, muy serias y atentas a su tarea. Es una sorpresa. Si, es cierto, hemos leído de que en los países totalitarios la mujer realiza iguales tareas que el hombre, según su deseo, pero, siempre es sorprendente encontrarse chinas, —pues no parecen tener muchos años— dirigiendo el tráfico.

Los transeúntes y ciclistas, los carreteros y choferes, están en su mayor parte, ropas azules. De diversos tonos de

anal, pues muchas prendas muestran rastros de haber sido lavadas cien veces y ofrecen diversos grados de desgaste. Se trata de una población en ropa de trabajo. Los pies se cubren con zapatillas de tela o de basket, en mayor grado. Los chicos ofrecen la nota multicolor en su vestimenta. Y entre las mujeres, hay tantas con pantalones como con faldas. De vez en cuando, veo desplazándose con lentitud y dificultad, a alguna anciana de pies diminutos. Digo pies, pero en verdad aquellos parecen cascos pequeñitos, pues el empeine desciende de casi recto hasta el suelo. Es el resultado de la bárbara costumbre antigua de entabillar los pies de las mujeres desde el nacimiento. Era estético un pie diminuto. También era conveniente para impedir a la mujer salir de la casa, y afirmaba el yugo del esposo. Los pies pequeños caminan poco. Solo las ancianas muestran estos residuos de las costumbres ya abolidas. Las mujeres jóvenes, tienen sus pies normales, y lo necesitan, pues hasta policías de tránsito quieren ser.

Nuestro automóvil desemboca en un gran espacio abierto. Pero el camino que dispone es más estrecho, por cuanto enormes montones de tierra y grandes trozos de tubos de concreto ocupan casi todo el espacio disponible. Enjambres de obreros se movilizan y trabajan en profundas zanjas, colocando esas gruesas tuberías. Están realizando el alcantarillado de la ciudad.

—Esta es la plaza de Tien An-men— informa la intérprete.

En su centro se levanta un gran obelisco que ostenta en sus costados unos jeroglíficos dorados. Muy posteriormente me explicarán su significado. Es una frase del Presidente Mao Tse-tung: "Los héroes de la revolución son inmortales".

Al frente se levanta la puerta de Tien An-men, del Palacio Imperial. Una gruesa construcción de color rojo oscuro, de un tono parecido al que los pintores llamamos "sienna

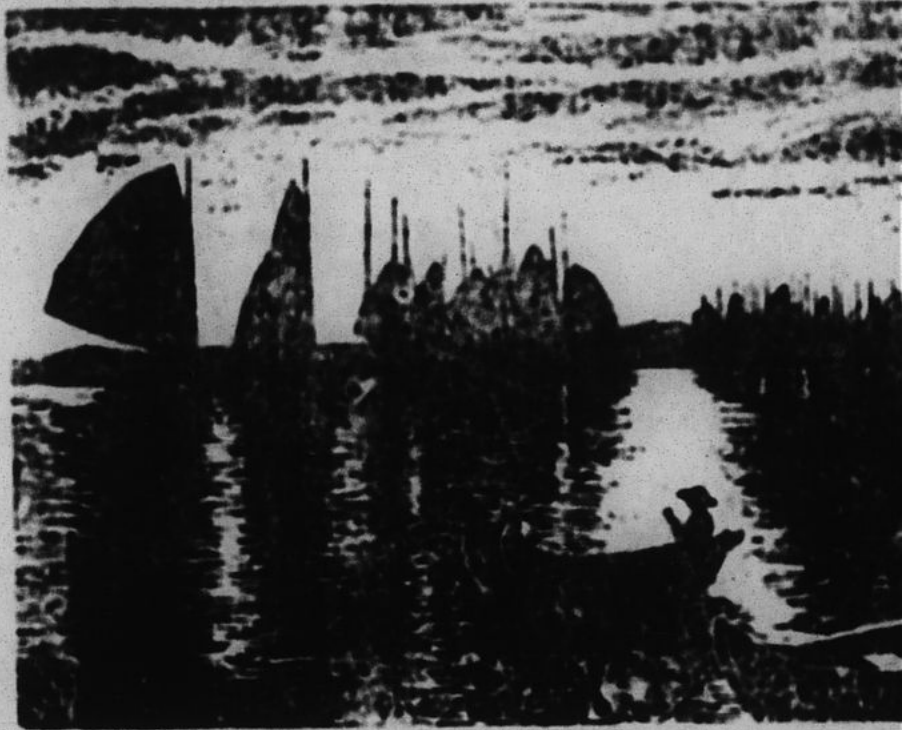
tosada". Tiene cinco arcos que dan cara a la plaza. A ellos avanzan otros tantos puentes curvos de mármol blanco, que salvan un foso de agua. Todo el edificio está coronado por esos gráciles techos de esquinas respingadas, de brillante porcelana amarilla. A sus costados se desplaza un largo muro igualmente rojo, también coronado de tejas amarillas. El automóvil que nos conduce tuerce a la izquierda y prosigue por una ancha avenida, que lo mismo tiene grandes zanjas a lo largo, y montones de tierra junto a ellas.

—Estamos en la Avenida de la Paz Duradera— vuelve a informar la intérprete.

Casi quince cuadras recorrimos por esta arteria, antes de doblar por otras calles y arribar finalmente a un edificio de tipo europeo, rodeado de jardines. Era el hotel donde me hospedaría.

Diligentes encargados me conducen a mi habitación y traen mi equipaje. Me dejan solo, "para descansar".

Me asomo a la ventana. El parque del hotel se ofrece a mi vista. La lluvia ha cesado, y los árboles se sacuden las gotas. Por un sendero avanza un viejo con sombrero de bambú, vistiendo pantaloncitos cortos, sus pies desnudos chapoteando el agua. Empuja una carretilla donde lleva instrumentos de jardinería y pequeñas matas de flores. El cuadro es familiar, pero lo varía el sinfónico chirriar de las cigarras que se esconden en los árboles. Esto da el toque exótico. Pero mi sentimiento de "extranjero", yace roto definitivamente. Estoy en Pekín, a miles de kilómetros de mi Patria y de mi hogar, pero aquí no me siento un extranjero.



CANTON

Barcos en el río Perla

CAPITULO II

Los Ming y el «renmin»

Hace seis siglos, exactamente el año 1368, un campesino huérfano que, abandonando los hábitos budistas se puso a la cabeza de una insurrección campesina, derrotó a la dinastía Yuan de los mongoles. Aquel ex-monje budista, llamado Chu Yuang-chang, fué el primer emperador de la dinastía Ming, y cuando murió, treinta años después, su cuerpo fué llevado a una tumba soberbia que él mismo edificó en las afueras de Nankín, su "capital del sur", en la Montaña Púrpura. Una historia de la época nos informa que cuando Chu Yuang-chang eligió este paraje para edificar su tumba, algún cortesano le observó que allí estaba emplazada la tumba del monarca Sun Chuan, rey de Ou.

—Sun Chuan —comentó el emperador— fué un valiente guerrero. Está bien que yo repose en la misma colina en que él está. Me servirá de guardián.

Los soberanos Ming destinaron una guardia especial para cuidar de la tumba del fundador de su dinastía, la cual llegó a tener unos 8.500 soldados perpetuamente acampados en las cercanías. Siglos después, la tumba fue abandonada, y en 1853, sirvió de parapetos a las tropas de la dinastía Taín, durante los combates que libraron contra el ejército campesino de los Tai-ping, poseionados de Nankín. La batalla destruyó parte de la tumba, y ella es hoy, apenas pálido reflejo de la grandeza imperial de los Ming. Pero aún conservan su imponente presencia las gigantescas estatuas de animales y personajas, que en doble fila guardan el camino hacia la tumba de Chu Yuang-chang.

La dinastía Ming, también siguió un rápido declive hacia la corrupción, y aunque comercial e industrialmente el país hizo progresos, y en lo literario el período de los Ming produjo obras cumbres como "La Novela de los Tres Reinos" (Sao Guo Yen-yi), "El Peregrinaje hacia el Oeste" (Siyouchi), y "El Pabellón de las Peonías" (Mudanting), el pueblo se hundía en la miseria bajo impuestos cada vez más exorbitantes. Los campesinos volvieron a protagonizar levantamientos armados.

Los Ming, después de la muerte del primer emperador, habían trasladado la capital a Pekín. Hasta allí, un día del año 1644, el nuevo caudillo popular, Li Tae-cheng condujo a su triunfante ejército campesino. La dinastía Ming tenía sus horas contadas. En su palacio, el catorceavo emperador Ming, ordenó a su esposa envenenarse. El mismo mató a su hija, y tomando un pincel escribió en la seda de su manga, su deseo final: "Nosotros, pobres de virtud y despreciables personas, hemos desencadenado sobre nuestras cabezas la ira de los dioses. Nuestros ministros nos han engañado. Llenos de valentía nos enfrentaremos a nuestros antepasados. Retiro de mi cabeza la corona imperial y con los cabellos al aire, espero a

os rebeldes. Que no sufra el pueblo".

El 9 de abril de ese año, las tropas de Li Tse-cheng llegaron a la ciudad y penetraron al palacio, encontrando al último de los Ming, balanceándose de una cuerda. El caudillo rebelde dispuso que el regio cadáver fuera sepultado al lado de sus antepasados. Así se hizo. Fue conducido cincuenta kilómetros al oeste de Pekín donde su tumba completó el número trece de otros tantos emperadores Ming, la dinastía fundada por un ex-monje budista jefe de una rebelión campesina, y derrocada 276 años más tarde, por otra revuelta campesina. El pueblo levantó de la nada a los Ming y también los volvió al polvo, como señal de su poderío.

En China, como en todo los reinos, los monarcas gustaban de titularse "hijos del cielo", pero muchos de ellos fueron hijos de labradores que un día se cansaron de levantar las guadañas para cosechar los campos pero las alzaron para derribar dinastías e imponer otras. Así fue durante siglos, hasta que el campesino se convenció que no podía haber mejor soberano que el pueblo mismo. Para ello, tuvo que esperar al surgimiento de la clase obrera.

Acordada sobre los alineados muros de una de las tumbas Ming, los visitantes extranjeros escuchamos de labios del pequeño y astillado Chen Chin-jai, el relato de quienes fueron y qué hicieron los Ming.

—Los campesinos, por sí solos— explica—, no podían gobernar. Sus jefes terminaban por convertirse en nuevos tiranos y fundaban nuevas dinastías, oprimían al pueblo y provocaban nuevos levantamientos. Las dinastías caían, y el pueblo seguía sufriendo sin encontrar su liberación. Es así como los comunistas chinos, por la experiencia histórica de nuestro pueblo, confirmamos el principio de que sólo la clase obrera puede dirigir una revolución que verdaderamente lleve a la liberación y a la felicidad de todo el pueblo.

Si los Ming pudieran verlo —pienso yo—, se estremecerían al constatar que al pie mismo de sus tumbas, la nueva China ha edificado ya un monumento más imponente que sus huesos y que el oro y las piedras que los cubren.



Fue una mañana de violento y deslumbrante sol veraniego, cuando abandonamos Pekín para visitar la zona de las Trece Tumbas de los Emperadores Ming. La carretera asfaltada, caldeaba también bajo el sol. Unos kilómetros antes de llegar a la zona misma de los grandes mausoleos, encontramos, al igual que en Nankín, en el camino a la tumba del primer emperador Ming, las grandes estatuas de animales pétreos.

La primera pareja, son elefantes echados en el suelo frente a frente, con la carretera por medio. Unos metros más allá los elefantes se repiten, pero estas figuras están de pie. Lo mismo sucede con cada una de las dobles parejas de camellos, caballos y leones que vamos encontrando. Pasando a medio de ellos, en un vehículo a velocidad, la intención simbólica de estas figuras y sus especiales actitudes, se hace perceptible. La primera pareja echada es divisada apenas, cuando ya estamos pasando al lado de la segunda, puesta de pie. La sucesión de imágenes, crea la impresión de que los elefantes se hubieran puesto de pie a nuestro paso, e igual parece hacer seguidamente las otras figuras. Los colosos de piedra se "verguen" como saludándonos.

Imagino la idea de los anónimos escultores chinos para el cortejo fúnebre, llevando los imperiales despojos a última morada, junto con los demás soberanos de la dinastía y las figuras de animales "se ponen de pie" rindiendo homenaje. Es un anticipo de la técnica cinematográfica: la is

En sucesiva.

Después de las figuras de animales, siguen las estatuas de nobles cortesanos, guerreros y monjes, todos de pie, en actitud de respetuoso recogimiento, los ojos bajos. Pasando este tramo, el camino fuerza a la derecha, y seguimos viaje bordeando las aguas de lo que me pareció un lago natural, hasta que divisé al fondo el embalse que, por su ubicación, se le llama "de las Trece Tumbas Ming". Esta era la zona de las grandes inundaciones en tiempos pasados. Las aguas desbordadas llegaban hasta Pekín. La última inundación, ocurrió en 1853 y destruyó 200.000 mms sembrados. La construcción de este Embalse estaba considerada para el Tercer Plan Quinquenal, pero la iniciativa y el entusiasmo del pueblo determinó que el Comité Municipal de Pekín resolviera comenzar los trabajos en Enero de 1958. Obreros y estudiantes, campesinos y soldados del Ejército Popular acudieron aquí voluntariamente a trabajar, acarreado en cestas y carretillas toneladas tras toneladas de tierra, arena y piedra. Los miembros del Gobierno Popular encabezados por Mao Tse-tung, los mariscales y generales del Ejército Popular, los ministros y embajadores de los países amigos, los estudiantes y técnicos extranjeros residentes en China, acudieron todos a poner su cuota de trabajo voluntario, manejando carretillas y andones al igual que todos.

Cien mil personas, hombres y mujeres, trabajaron durante 100 días, sin concederse descanso, hasta levantar un muro de 29 metros de alto, con una base de 181 metros de ancho. La parte superior sólo tiene 7 metros de ancho y por ella corre una carretera asfaltada con barandillas de cemento. En lo demás, no se ha usado otro material que piedra, arena y tierra.

El embalse contiene de 60 a 80 millones de metros cúbicos de líquido, con una superficie de 5 y medio a 7 millo-

nos de metros cuadrados. Mediante su sistema de desagüe distribuye agua para unos 300.000 mos de tierras cultivadas. De este verdadero lago artificial, se extrae un millón y cuarto de kilos de pescado para abastecer los mercados de Pekín y las aldeas cercanas. Las aguas también proveen fluido eléctrico a unas cinco mil familias campesinas. Pero además de todo esto, los chinos, reverenciadores de la belleza, no sólo han planeado la utilidad material del embalse, sino también la transformación de esta zona en un gigantesco parque de recreo y descanso, capaz de recibir a medio millón de visitantes. Se instalarán aquí —o ya estarán instalados a esta fecha— unos 23 centros de atracción: clubs náuticos, restaurantes, acuarios etc.

Mientras paseamos el embalse, el funcionario que nos informa de lo realizado y de estos planes inmediatos, emplea constantemente la palabra "renmin". En chino, significa "pueblo". Nos dice que esta obra es iniciativa y trabajo del pueblo, y que todo lo que falta hacer, también será tarea del pueblo. El "renmin" trabajando para el "renmin".



Desandando parte del camino que bordea las aguas del embalse, nos adentramos en la zona arbolada donde se encuentran relativamente distantes unos de otros, los mausoleos de los emperadores Ming.

Visitamos uno de estos. Por lo demás, todos son casi iguales. El mausoleo es una gran construcción de piedra, provista de túneles, escaleras y rampas, que llevan hasta una plataforma superior, rodeada de barandas almenadas. Al centro, se levanta una gruesa construcción cuadrada, que consta de una sala o, más exactamente, una especie de kiosko de piedra, abierto por los cuatro costados, sin puertas, donde

se halla una estela de piedra mármol, donde los jeroglíficos que la recubren, relatan y elogian las hazañas y cualidades del soberano a cuya memoria está dedicada. Nada más pues el cuerpo del emperador no está allí. De las trece tumbas imperiales desparramadas por este sector cerca de la capital "del Norte", Pekín, sólo un cadáver se ha encontrado el del treceavo Ming, el emperador Tin.

Los arqueólogos de la Facultad de Historia de la Universidad de Pekín efectuaron el hallazgo, en mayo de 1954, al derribar una parte de un muro que rodea al mausoleo, cerca de su base, y en un pequeño nicho encontraron una tableta donde se indicaba la ubicación exacta de la tumba, mediante un pasaje subterráneo. La aventura de estos arqueólogos fué filmada paso a paso, y dicho documental, en colores, nos fué exhibido en nuestro hotel, la noche anterior a esta visita a la tumba subterránea de Tin, penúltimo Ming y primero de la dinastía en ser perturbado de su sueño eterno, para convertirse en materia de estudio de los chinos de hoy, que creen en la ciencia y niegan al "hijo del cielo" su condición de tal.

Descendemos por una amplia rampa de cemento ornada de sardineles con flores, y nos introducimos en una cavidad donde tomamos una larga escalera de cemento también, que nos lleva a una profundidad de unos treinta o treinticinco metros, según cálculo, hasta llegar a un lugar en el cual el cemento ya no recubre las paredes, y en uno de los extremos, gruesos ladrillos retirados irregularmente dejan abierta una amplia boca. En el film documental vi a los especialistas realizar el trabajo de romper este muro, tras el cual se extienden largos y amplios corredores del "Palacio Subterráneo", tumba de Tin.

—Pasando esta parte —dice el intérprete— todo lo que vimos a ver es la tumba construida hace siglos. Lo anterior.

son los trabajos modernos de acceso.

Caminamos por un largo corredor de techo de bóveda, iluminado por reflectores eléctricos. Al fondo, vemos dos grandes sillones de mármol labrado y taburetes de porcelana que sostienen grandes recipientes de metal, incensarios en cuyo fondo el aceite destinado a arder perpetuamente, se ha convertido en una masa dura, negra y rugosa. El corredor termina ante una portada de mármol deslumbrante en su blancura, que imita las tejas voladizas de los techos del Palacio Imperial. Las hojas de la puerta son también de mármol tallado imitando cabezas de clavos. Más allá de esta puerta sigue otro corredor y una segunda puerta igual que la anterior, trasponiendo la cual, llegamos al Palacio-tumba propiamente dicho.

La construcción consta de cinco secciones: una gran sala central, una anterior, otra posterior y dos laterales. El conjunto forma una cruz. El guía nos informa que la sala tiene 87 metros de largo, 45 de ancho y 27 de altura. La parte más alta de la bóveda está 7 metros bajo el nivel de la superficie. En el centro, hay una plataforma baja y amplia, sobre la cual, en la cúspide de un alto pedestal de madera está el sarcófago del emperador. Pero el que vemos ahora, es en realidad una reproducción, pues el que contenía el cadáver de Tin fue hallado deshecho por la humedad y la acción de los años. También están, a los lados, las cajas que contuvieron los cadáveres de dos de sus esposas, y alrededor, en el suelo, otras varias cajas que guardaban los tesoros del emperador, joyas y objetos de oro, armas y vajilla, vestiduras y adornos que, aparte de su valor histórico, representan millones en dinero, todo lo cual se exhibe en un edificio anexo, especialmente construido para servir de museo, y donde los huesos de Tin son motivo de curiosidad y estudio de los chinos de hoy.

Quando pregunto al guía cómo las tumbas imperia-

que contienen tales riquezas no han sido saqueadas por los
placados gobiernos reaccionarios, o por los caudillos militares,
sonríe maliciosamente, mientras me explica:

—Ellos estaban demasiado ocupados saqueando a los
vivos y asustándolos, y no tuvieron tiempo ni conocimientos
para ubicar estas tumbas y saquear a los muertos.

El responsable del cuidado de la tumba y del museo
adjunto, nos informa luego de importantes detalles históricos.

—La construcción de este Palacio Subterráneo se ini-
ció en 1662, cuando el emperador Tin contaba 22 años de edad.
Este comenzó a "gobernar" cuando tenía tres años, y su rei-
nado fué el más largo de la dinastía: 47 años. Los preparati-
vos para esta construcción demoraron diez años y las obras
mismas se concluyeron en seis. Trabajaron aquí unos 40.000
hombres. Se emplearon los materiales más finos de la época:
el mármol fué extraído de Choukodian, la misma zona donde
se encontraron los restos del "hombre de Pekín", a 500 kiló-
metros. Los ladrillos, de gran calidad, fueron fabricados en la
provincia de Shandung y transportados hasta aquí por el Gran
Canal entonces existente. Cada ladrillo pesa 24 kilos. Alrede-
dor de la tumba Uda, ven un muro. Tiene 1.000 metros de ex-
tensión. El costo de todos estos trabajos se elevó a 8 millones
de liang de plata, lo que equivale a unos 200.000 kilos de pla-
ta. Esta suma equivalía a un año de finanzas de aquella épo-
ca. Pueden calcular lo que significó este derroche, si se con-
sidera que entonces, con cada liang de plata se podía compra-
r 200 kilos de arroz.

Aquella tumba imperial equivalía a 1.000 millones de
kilos de arroz. ¿Cuánto tiempo pudo alimentarse el pueblo chi-
no del siglo XVI con esa cantidad de arroz? Este es un cálculo
que carecía de importancia para el emperador y su corte.
El pueblo chino, el "renmin", no tenía opinión, y su único pa-
pel consistía en trabajar la tumba, y hambrear sin el arroz que

se había convertido en piedra, ladrillo y mármol para encerrar el cuerpo del treceavo emperador Ming y su tesoro.

Más tarde, de regreso en mi patria, leí el libro publicado por el periodista-filósofo Francisco Miró Quesada sobre su viaje a la URSS y China Popular. Las líneas que dedica al Embalse de las Trece Tumbas son apenas un pretexto para equiparar el trabajo del pueblo chino de la antigüedad con el de hoy, que crea "prodigios de piedra" sometido a una "nueva tiranía".

El periodista-filósofo se muestra incapaz de comprender la diferencia que media entre construir un palacio subterráneo que sirva de tumba a un emperador, y levantar un embalse que evitará las inundaciones, proporcionará aguas para el riego, fluido eléctrico para los hogares campesinos y peces para las mesas. El pueblo chino realizó ambas obras. La primera, para satisfacer la vanidad de un monarca; la segunda, como parte de su esfuerzo maravilloso en la construcción de un mundo sin inundaciones ni sequías, con peces y con luz.

Tal vez, tal vez alguno de los peces del Embalse de las Trece Tumbas sirvió para el regodeo del periodista-filósofo durante su estadía en Pekín. En cambio, creo, muy difícil le habría sido roer alguno de los carcomidos huesos del emperador Tin. Creo que esta diferencia, por elemental y objetiva, es admisible para ciertos "críticos". Esta es la diferencia entre las obras que ordenaban los Ming y las que realizan hoy los "renmin". Diferencia que no es sólo de tiempo, sino de utilidad, de pompa imperial o interés colectivo. Los "renmin" hoy comen su arroz, no lo gastan en edificar tumbas para después y miran al futuro, planeando y edificando nuevos "prodigios de piedra".

CAPITULO III

Shanghai

Yo vengo de Shanghai:
no hay
ni un yanqui en Shanghai.
Allá la vida en flor está
Se ve
la vida puesta en pie.

Nicolás Guillén

La vía férrea se abre paso entre campos sobre los cuales la devoción familiar ha desparramado las tumbas de los suyos formando montículos cual medias naranjas, y por donde el odio de los invasores japoneses intercaló casemates y fortines de concreto, casi soterrados, a la vera del camino ferroviario, luciendo sus mirillas donde antaño asomaban sus cañes las ametralladoras. Los soldados del Ejército Popular de Liberación las enfrentaron cuando tras ellas estaban los nipones, y poco después les dieron cara nuevamente, cuando el alud de la victoriosa Tercera Guerra Civil los llevó a Shan-

ghai, derrotando a los ejércitos de un señor Cheng Kai-shek.

A Shanghai también vamos ahora, y a medida que nos acercamos, a los costados de nuestro tren, las vías férreas se multiplican, e interminables cadenas de vagones nos ocultan el paisaje de la ciudad. Shanghai no es desconocida para nosotros, pues de una manera u otra, su nombre ha llegado a los más apartados lugares, siempre envuelto en historias de crimen y latrocinio, corrupción y opulencia. Los novelistas "occidentales" se han compadecido en elegir esta ciudad como escenario para discurrir la acción de sus personajes: aventureros, traficantes de opio, policías y detectives, prostitutas, tratantes de blancas y diplomáticos. Shanghai tenía una fama vergonzosa. Todo lo putrefacto y delictuoso de la civilización y la cultura "occidentales", se había refugiado, tecnificado y aureolado, aquí. Su población era una babel idiomática, no solo porque los chinos de esta zona pronuncian el idioma distinto al pekinés o al cantonés, sin también por la afluencia de gentes de todo el mundo, de todas las lenguas vivas e moribundas. Esa mezcla racial que se ha dado en llamar elegantemente "eurasiático", tuvo en Shanghai una de sus cunas principales.

El 27 de mayo de 1949, las oficinas y burdeles, los bares y mansiones de Shanghai estaban solitarios. Sus ocupantes o clientes habían puesto pies en polvorosa, mientras, las tropas comandadas por Chen Yi, bajo sus estandartes rojos penetraban a la ciudad por los barrios del Oeste y ocupaban todas las posiciones llave en forma metódica y disciplinada. Días antes la propaganda gubernamental había desarrollado una campaña de terror entre los pobladores, pintando cuadros dantescos que se harían realidad cuando los "bandidos rojos" llegaran. Los hombres de Chang Kai-shek tuvieron sin embargo la suficiente presencia de ánimo como para saquear todo lo que pudieron antes de huir.

"Si esto nos hacen nuestros "defensores", ¿qué podemos esperar de los que vienen a atacar?", murmuraban los viejos caecóticos. Nada esperaban de bueno ellos, pero otros sabían a qué atenerse. Los obreros del astillero, por ejemplo, recibieron la orden de cargar toda la maquinaria en los barcos norteamericanos. Diligentes, los trabajadores acataron las directivas, y asfoborraron las bodegas de los grandes transportes yanquis, que partieron rápidamente. En los muelles los obreros se reían silenciosamente. Cuando los barcos llegaron a Taiwan, vieron los imperialistas que sus bodegas estaban rebosantes de máquinas inservibles, basuras y chatarra. Las máquinas y equipos de muchas fábricas de Shanghai, quedaron para servir al pueblo.

La liberación de la ciudad más populosa de China, significó para el gobierno del Kuomintong, la pérdida de la mayor parte de la industria, y marcó la iniciación de su agotamiento. Pero también señaló el comienzo de una pesada, larga y difícil tarea de limpieza, reorganización y reeducación del antro más putrefacto del imperialismo y los capitalistas burocráticos en China. Shanghai tenía unas ochenta mil prostitutas y los ladrones sumaban también varias decenas de millares. La desocupación era inmensa, pero ella apenas era una fuente de miseria que pesaba tanto como los capitalistas, los burócratas kuomintangistas, la policía, los traficantes y bandidos, sobre las espaldas de la masa popular de la ciudad.

El sector urbano se compone de 14 barrios que suman 5 millones ochocientos mil habitantes. Los suburbios agrupan a once distritos con cuatro millones doscientos mil personas. De esta masa humana, algo más de tres millones estaban dedicados a la agricultura. La industria tuvo su origen cien años atrás, con la penetración imperialista, pero estaba basada principalmente en el ramo textil. Otras empresas eran simples dependencias encargadas del montaje y reparación de maqui-

narias y artefactos extranjeros. La industrialización de Shanghai, antes de la Liberación era una industrialización típica del imperialismo: deformada, unilateral, dependiente de las necesidades extranjeras, y no de las necesidades del pueblo chino. El valor global de la producción industrial de Shanghai para 1949, año de la Liberación, fue de un 64% del ramo textil, un 24% de la industria ligera y apenas un 13% de la industria pesada. Para 1958, estas proporciones habían cambiado completamente: el 45,6% correspondió a la industria pesada, el 21,9 a la ligera, y el 22,5 a la textil.

Shanghai produce ahora turbogeneradores de 25.000 kilovatios y se ensaya la fabricación en serie de los de 50.000 kv. Los buques que lanza al mar su astillero tienen ya 5.000 toneladas y se prepara la producción de los de 10.000. En 1958 la producción de acero fue de 5.000 toneladas. En 1956 llegó a 1.220.000 toneladas. El valor global de la producción industrial de Shanghai en 1958 ascendió a 17.130 millones de yuanes para 1959 el aumento sobre esta suma estaba calculado en un 40%.

El Gobierno Popular ha realizado una sabia política de utilización del capitalismo privado, como paso previo a su limitación y transformación, que expongo más ampliamente en otros capítulos. Pero esta política, en su fase de transformación, que es la actual, ha permitido fundir varias empresas de la misma rama en una sola, y acrecentar de tal manera la tecnificación, mecanización y ritmo de la producción. Shanghai, en 1958 tenía sólo unas 6.000 fábricas. Antes de la Liberación había docenas de miles, pero pequeñas y hasta minúsculas, en su mayoría. Se han concentrado estas grandes fábricas nuevas en once zonas industriales de los suburbios clasificadas según la rama de producción. En el barrio L Shin se ve un gran combinado metalúrgico. En el barrio Shin-han se halla la zona de producción de maquinaria pesada.

En el de Pon-jou la de máquinas para la fabricación de papel, etc.

La ciudad posee ahora 34 universidades y centros de educación superior y técnica, con más de 55.000 alumnos en 1958. Los estudiantes secundarios, para esa misma época eran 440.000, y los primarios 1'820.000. Shanghai construye su nueva vida en todos los campos de la actividad humana.



De Shanghai, en el mundo entero, creo, se conocía un lugar: "El Gran Mundo". En esta ciudad era ejemplo de corrupción moral. "El Gran Mundo" era su centro, su catedral y su academia, donde convergía lo peor de los corruptos sujetos que la vieja sociedad crea y desarrolla por doquier.

"El Gran Mundo" es un edificio de dos plantas, con una amplia entrada en esquina, coronada por una especie de torre circular terminada en aguja. Cabaret, teatro, burdel y club de aventureros de toda laya, en sus diversos salones se podía encontrar todo lo que cualquier ser humano que conserve cierta medida de moralidad, tiene que repudiar. Esto fué el legítimo "paraíso de los bandidos". El pueblo chino no gustaba de concurrir a este edificio, y sus clientes eran por lo general los extranjeros que residían en Shanghai como traficantes, asesinos a sueldo, guardias de corps o por estar fugitivos de la justicia de cualquier país de la tierra.

Hoy, "El Gran Mundo" sigue llamándose así, pero su interior ha cambiado por completo. Ahora posee doce salas de teatro y ópera, una sala de cine, otra de juegos deportivos y una de exposiciones, además de comedores, donde por 20 fenes —centavos—, el público puede asistir al espectáculo que desee. Los hampones y maleantes han desaparecido, y en cambio el pueblo, familias íntegras, asisten en un promedio diario

de 15.000 personas. Anualmente, el promedio llega a cinco millones de asistentes. La gente comienza a llamar a este local, "El jardín de las cien flores".

El prostíbulo convertido en un centro de cultura. El cabaret troncado en sala de recreo. Los novelistas "occidentales" tienen que lamentarse de la pérdida del viejo "Gran Mundo" de Shanghai. Allí no volverán a circular sus personajes siniestros.



El Hotel "Ching Chiang", severo edificio del más puro estilo inglés, me acoge en su piso séptimo. Hasta mi departamento, tras un día agitado de visitas y giras por fábricas, centros de cultura y el "Palacio de los Pioneros", llego cansado, pero dispuesto a poner en el papel mis impresiones frente a todo lo nuevo que he conocido. La media noche me sorprende en esa tarea. Shanghai está en silencio hace mucho rato. Una gran ciudad debe hacer algún ruido siempre, creo yo. Y tratando de comprobar mejor esta singular tranquilidad, miro por mi ventana, siete pisos abajo, a la calle Maoming. Está desierta pero unos instantes después, veo avanzar por ella una figurita gracil. Cuando llega más cerca, advierto que es una muchacha.

Creo que Shanghai, con su vieja fama, ha debido cambiar mucho, cuando una muchacha camina sola, a media noche. La reacción del "occidental" es pensar que se trata de una prostituta. En Shanghai ya no existe tal "oficio" capitalista. Una muchacha, sola a media noche por las calles de Shanghai, significa simplemente: seguridad, confianza en el medio en que se vive y en el pueblo del que se forma parte.

CAPITULO IV

El señor Wu, capitalista en la Nueva China

No te avergüences de tus errores
y no prosigas en ellos hasta con-
vertirlos en crímenes.

(“Libro de Sang”, VIII)

—Quiero presentarles ahora, al señor Wu Chung-yi, Director de esta fábrica, y representante en ella del capital privado —dijo el comunista Kun Fu, mientras a su lado, se levantaba una figura y nos saludaba ceremoniosamente.

Muchos se desconcertaron. Todos o casi todos sabíamos de que en la China Popular, los capitalistas nacionales gozan de medios económicos propios y colaboran con el Gobierno, pero no esperábamos ver a uno de ellos, frente a frente. Era algo así como —perdóneme el amabilísimo señor Wu

Chung-yi— saber que alguna vez existieron feroces dragones, que varios de ellos se avinieron voluntariamente a dejar de ser feroces, y sin embargo resulta difícil aceptar su nueva actitud, y más desconcertante aún, encontrarse con uno de ellos a boca de jarro.

El señor Wu Chung-yi, correctamente vestido a la europea con un terno gris claro, fuma en boquilla y mueve los brazos mientras habla, con elegante y medida mímica. Mucho de lo que dijo, fué asombroso, y para algunos, puede parecer increíble.

Sucedió esto en Shanghai. Aquella mañana teníamos programada la visita a la fábrica de tejidos de algodón "Bon Tai" N° 9. Los directivos nos acogieron en el portón de entrada. Allí estrechamos las manos del Sub-director Kun Fu, del Secretario del Comité del Partido Comunista de la fábrica, Li Wen-ti, de otros funcionarios y, entre ellos, la del señor vestido a la europea, que contrastaba con las casacas cerradas, casi todas azules, que lucían los demás.

Kun Fu procedió, después de darnos la bienvenida, a informarnos de algunos datos de la fábrica. Por él supimos que allí trabajan 6.500 obreros, en su mayoría mujeres, en 800 telares, con 120.000 husos. La producción principal es hilo fino de 60, tejidos corrientes de algodón, y tejidos finos. Su plan de producción para 1959, está fijado en 113.595 fardos de hilo y 28.977.000 metros de tejidos. La fábrica se rige por el sistema mixto estatal - privado. Su conducción está en manos de seis Directores, dos de los cuales representan al Gobierno Popular; los otros cuatro al capital privado. Luego, sonriendo, seguramente divertido por anticipado con nuestra sorpresa, nos presentó al Director, Wu Chung-yi.

—Me siento muy alegre de recibirlos a todos Uds —comenzó éste— Creo que estarán interesados en saber algo de mí, y espero les sea útil lo que voy a relatarles. Soy miem-

bro de una familia de capitalistas y burgueses cien por ciento.

En la sala se escucharon rumores en cuanto el intérprete tradujo estas frases. El señor Wu sonrió comprensivamente, prosiguiendo:

—Mi educación fue totalmente europea. Mi padre fue uno de los fundadores de esta fábrica. Con estos antecedentes, comprenderán ustedes que yo he debido de atravesar por muchas vicisitudes y cambios de mi pensamiento, hasta hoy. Recuerdo bien que ya desde antes de la Liberación, yo odiaba al Kuomintang, y el mío no era un odio gratuito. Pero también temía a los comunistas. Se había difundido versiones terribles acerca de ellos. En 1947 hui con mi familia a Hong Kong. En mayo de 1949, Shanghai fue liberado, y algunos meses después retorné a China continental. Quiero explicar esto: en Hong Kong recibí muchas informaciones sobre la situación creada aquí después de la Liberación. Todo lo que se había dicho que harían los comunistas resultó falso. Nada de tales horrores constaba en los informes que algunos agentes míos me remitían periódicamente. Yo tenía muchas dudas, más resolví "arriesgarme" sólo dejando a mi familia en Hong Kong. Llegué a través de Chin-dao, y allí tuve mi primera sorpresa. El hombre que me recibió en la Estación, y cargó conmigo mi maleta, era nada menos que el Jefe de Protocolo de la ciudad. Fue, de allí en adelante, de sorpresas en sorpresas. Más que nada, era la admiración al constatar la veracidad de mis informantes. En Shanghai, nadie había tocado los bienes de la empresa, pero encontré una situación gravísima para la industria textil, por el bloqueo implantado por Estados Unidos. Antes de la Guerra de Liberación, el algodón que proveía a nuestras máquinas, era en un 80 por ciento norteamericano. Antes de la guerra mundial, este porcentaje era sólo del 50 por ciento, pero los yanquis fueron apoderándose del mercado, hasta convertirse en nuestro principal proveedor. Ahora,

liberada China, el algodón yanqui no llegaba por decisión de los imperialistas, que intentaban ahogarnos económicamente. Nuestra fábrica estaba, pura sin materia prima.

Y además, no teníamos dinero. Una parte del capital había sido robado por el Kuomintang, para lo cual se usó de cualquier medio: asesinato, chantaje, rapto y cobro de rescate, etc. Otra cantidad de dinero la habíamos llevado nosotros mismos a Hong Kong, pero allí fueron congelados esos fondos y no podíamos recobrarlos. La situación parecía insuperable, y si me quedé fue sólo porque el Gobierno me aseguró que mejoraría la situación, que sería ayudado, y que mi aporte era necesario para el engrandecimiento de mi Patria. Esta exortación me hizo reflexionar y recordé el pasado, los viejos tiempos anteriores a la Liberación. En aquellos años, cuando las autoridades del Kuomintang llamaban a algún capitalista chino a "conferenciar" con ellas, era siempre indicio de que los hombres de Chang Kai-shek necesitaban dinero. Y teníamos que proporcionarlo, de buena o mala gana. El padre del señor Yun Mi-ren, el principal accionista de ésta fábrica, fue secuestrado por la policía secreta del Kuomintang y para lograr su libertad tuvimos que pagar medio millón de dólares americanos. En otra ocasión, el Kuomintang quiso obligarnos a vender al Gobierno hilos de algodón a bajo precio. Al negarnos, secuestraron al hermano mayor del señor Yun, Mi-ren, que entonces era Gerente de nuestra Empresa. Nos costó ciento cincuenta mil dólares su rescate. Y en medio de todo, la inflación arruinaba nuestro negocio. No teníamos seguridad alguna de tener materia prima disponible, y menos aún de poder colocar ventajosamente nuestros productos en el mercado. Esto nos obligaba a gestionar influencias, sufrir humillaciones de los poderosos burócratas, pagar coimas... La competencia extranjera también nos perjudicaba gravemente.

Pero, ahora, el Gobierno Popular me invitaba a quedarme, pedir mi ayuda y me prometí la suya para reconstruir la Empresa. Despertó mi patriotismo, y me quedó. El Gobierno, de inmediato, me propuso tres medidas para solucionar los más urgentes problemas: 1° Para impedir el acaparamiento del algodón, se compraría materia prima entre el Estado y las empresas privadas, distribuyéndolo de acuerdo a las necesidades de producción de cada fábrica. 2° El Estado compraría la producción de la fábrica, parte de la cual sería entregada como pago de la materia prima. Con este medio se eliminaba el problema de la carencia de dinero en efectivo. 3° El Gobierno haría un préstamo a la fábrica para efectuar las reparaciones en las instalaciones, reponer la maquinaria obsoleta, etc. Todo esto se haría realidad, bajo la única condición de que los obreros de la fábrica lo aprobaran.

Confieso que los obreros me atemorizaban. Y ahora tenía que pedirles su ayuda, su aprobación. Recordé que años atrás, en huelgas habidas aquí, varios trabajadores fueron asesinados durante las represiones y pensaba que los obreros esperaban el momento de tomar la revancha. Decidí llamarlos enteros, y convoqué a todo el personal a una gran asamblea. Expuse entonces los aprietos en que se encontraba la Empresa, invocando la ayuda de los obreros. Repentinamente uno de ellos se puso de pie, amenazador. "No me importa nada tus dificultades —gritó—, lo único que sé es que si me falta mi salario te voy a morder". Me indigné y lo desafié a acercarse. Pero los demás se rieron, acallaron al exaltado. Esperaron otros obreros a opinar. "Todo lo que Ud dice es muy interesante, ¿por qué no acudió antes a exponernos estos problemas? Ya los hubiéramos solucionado". La asamblea aprobó el plan y además los mismos obreros plantearon otras instalaciones que también las aprobaron, todas tales como renunciar voluntariamente, pero en forma temporal, a diversos benefi-

cios sociales que yo estaba obligado a concederles por ley, como una manera de ayudarme a concentrar los esfuerzos económicos de la Empresa en la puesta en marcha de nuestra fábrica. Trazamos un plan interno de tres meses, bajo el principio de "ir eliminando las pérdidas y recuperar luego los márgenes de ganancias".

Las dificultades creadas por la carencia de algodón se prolongaron sin embargo. En agosto de 1951 aún no se había recogido la cosecha de algodón y fué en ese período que nos faltó materia prima. Tuvimos que parar mes y medio la fábrica. Esas semanas las aprovechó el Sindicato para desarrollar cursos de perfeccionamiento técnico entre los obreros, acrecentando la capacidad profesional de todos en amplias discusiones. El Gobierno pagó los salarios durante el paro forzoso. Nosotros, los capitalistas no tuvimos que sufrir estas pérdidas. Con el préstamo que nos hiciera el Banco Estatal, ampliamos y reparamos las instalaciones y máquinas, y estuvimos listos para proseguir el trabajo cuando llegó la materia prima. Entonces pensé que de haberse producido una crisis tal durante el régimen del Kuomintang, habría determinado nuestra quiebra irremediable.

En 1952 se llevó a cabo en todo el país la campaña contra los "Cinco Vicios" de los capitalistas, o sea: contra el engaño en el pago de los impuestos, la ocultación de cuentas, el fraude, la malversación de fondos y el soborno de funcionarios gubernamentales. Yo recibí con desconfianza esta campaña. La consideré como un ataque frontal contra el capital privado, pero al ver cómo se cumplía, comprendí que estaba estrictamente limitada a exterminar estas tendencias deshonestas dentro de la nueva sociedad china.

La fábrica se desarrollaba y afianzaba su economía. Me sentía más tranquilo y seguro. Mandé a mi familia regresar al país. Lo hicieron paulatinamente. En 1953 se lanzó

la llamada "línea del período de transición". Al establecerse constató que dicha línea estaba conformada por dos etapas: la primera consistía en el abastecimiento de materia prima y la adquisición de nuestra producción por el Estado. La segunda era la formación de empresas mixtas, con intervención del Estado. Comprendí que desde hacía algún tiempo, yo estaba trabajando ya dentro de la primera etapa y vi las conveniencias de pasar a la segunda. Nos reunimos los capitalistas accionistas, y resolvimos pedir al Gobierno convertir a nuestra fábrica en empresa mixta. La respuesta demoró algo, y la impaciencia nos devoraba. Veíamos que otras fábricas que se habían acogido a este sistema progresaban mucho más rápidamente que nosotros, y no queríamos quedarnos atrás. Finalmente, en septiembre de 1955, se aceptó nuestro pedido, y así estamos hoy, trabajando y progresando como empresa mixta.

En todo este tiempo, los obreros también han ido cambiando en mucho su actitud hacia mi persona. Antes, por ejemplo, el Palacio de Cultura de los Obreros estaba vedado para mí. Ahora me invitan a concurrir a él. ¿Y se acuerdan de aquel obrero que me insultó y amenazó en la asamblea de personal? Resultó ser un agente provocador del Kuomintang al que se desenmascaró posteriormente. Esta experiencia personal me ayudó a comprender mejor quiénes eran mis amigos y quiénes mis enemigos. Cuando se realizó una asamblea de bienvenida a los representantes del Gobierno, al constituirse oficialmente nuestra fábrica como empresa mixta, recibí el homenaje de los obreros. Fue algo inolvidable para mí.

Si traducimos a cifras el progreso bajo el sistema de empresa mixta, diré que nuestra productividad se incrementó en un 17% y el aumento de hilos de algodón fue de un 10%. El Gobierno adoptó la política de "dividendos fijos" para las empresas mixtas. Después de 1949, los capitalistas teníamos al-

gunas ganancias apreciables, pero no eran mayores, por término medio, al 2% del capital. El Gobierno Popular fijó el dividendo en un 8% anual y esto era mucho más de lo que esperábamos.

Me siento muy agradecido al Gobierno Popular, por toda la ayuda que me ha brindado. Hace unos meses estuve en la Unión Soviética estudiando las técnicas más modernas para la fabricación de hilados de algodón, y anteriormente visité Corea. He visto de cerca los horrores de la agresión imperialista a nuestros hermanos coreanos, y ello ha fortalecido mi fe en el trabajo y mi patriotismo. Nosotros, los capitalistas chinos, sabemos que el proceso de transformación de la burguesía nacional de nuestra Patria es un acontecimiento de significación mundial sin precedentes, y nos sentimos muy honrados por vuestra atención. Yo creo que me falta mucho por aprender y mucho por rectificar, y me siento con un falta de ideología. Todo esto, seguramente, no me ha permitido expresarme correctamente ante ustedes. Disculpádmelo por ello.

Chen, el intérprete, casi no pudo terminar la traducción de estas frases del señor Wu Chung-yi, acallado por los aplausos. Medio centenar de visitantes extranjeros, aplaudíannos entusiastamente a un capitalista que ponía su dinero, su capacidad técnica y su trabajo diario al servicio de su patria, la Nueva China.



Terminada la visita a la fábrica, verdadero ejemplo de organización y técnica industriales, nos dirigimos a los automóviles para retirarnos. El señor Wu, junto con los más dirigentes, nos acompañó, estrechándonos cálidamente la mano. Y mientras nuestros vehículos se alejaban, él y los

tres jefes, agitaban sus brazos en despedida.

El intérprete, que iba en el mismo automóvil, nos proporciona otro dato valiosísimo, acerca del señor Wu Chuan-yi.

—Ha renunciado voluntariamente a recibir su dividendo fijo del 5%. Dice tener suficiente con su sueldo como Director.

—¡Extraordinaria actitud! Entonces ahora sólo recibe el sueldo...

—¡No, no! —el intérprete se ríe, y gesticula para ser más expresivo— El Gobierno no le ha aceptado esa renuncia al dividendo y lo continúa abonando en su cuenta bancaria.

Pedimos una explicación. No nos parece lógico, desde que se trata de una renuncia voluntaria... Pero nos responden sabia, simbólica y brevemente, con una vieja frase china.

—"No se ayuda a crecer a los tallos de una planta tirando de ellos para arriba".



SHANGHAI

Soldado del Ejército Popular

CAPITULO V

Los burgueses chinos

El Sabio decuartiza, sin bofetada,
y, sin deformar, influencia;
rectifica sin hacer violencia;
resplandeece sin encogerse.

Laos Tzu

(Siglo V. A. N. E.)

El problema de la transformación pacífica de la burguesía china, encierra valiosas experiencias, a las que, en general, poca difusión se ha dado. Claude Roy, que ha escrito el más hermoso y completo libro sobre la Nueva China, que conozco, le dedica a este asunto apenas cinco páginas de los casi cuatrocientos que tiene su obra. Jesualdo, en la suya, apenas relata suscitadamente lo conversado con el capitalismo.

Cien Tai-pai, Director de una fábrica de estilográficas. Al leer del Vayo en su "Reportaje en China", nos presenta un cuadro algo más completo, sobre todo por sus impresiones de la "Escuela de Capitalistas" que visitó en Shanghai. Pero la mayoría de visitantes extranjeros que han publicado sus impresiones sobre China Popular, prestan poca atención a este problema. Tal vez les parezca demasiado teórico, abstruso y unos, tal vez apenas una táctica provisional del Gobierno Popular, a otros. Y entre los compatriotas visitantes de China, merece mención especial la opinión de uno de ellos, Francisco Miró Quesada, quien califica como "curiosísima y complicadísima organización económica denominada capitalismo" a ese fenómeno de la transición burguesa al socialismo, en la economía y en la mentalidad de los capitalistas chinos.

Miró Quesada anota que el Estado paga "del cinco a ocho por ciento sobre el capital invertido". Y desliza este comentario "curiosísimo", como él diría:

"Esto puede parecer algo monstruoso a una mentalidad capitalista occidental. Lo primero que pensará es que ningún capitalista estará interesado en trabajar, puesto que se ha eliminado la competencia y se ha garantizado la utilidad".

Los reparos y las dudas del señor Miró Quesada parten de su creencia de que el capitalista "trabaja" por una especie de afán deportivo, o por una obsesión de jugador de naipes. Por eso, el capitalista no tendría interés donde no hay competencia —muere su espíritu deportivo— y donde está garantizada la utilidad —desfallica su audacia de jurador. Lamentable apreciación, si se tiene en cuenta que el señor Miró Quesada tiene razones mil para conocer mejor la mentalidad capitalista.

La política de transformación del comercio y la industria capitalistas en socialistas, significa el desarrollo simultáneo de la reeducación de la burguesía nacional china.

est. pero no será más largo y complicado que la transformación misma en el plano económico y organizativo.

Los comunistas chinos se orientan en esta política por la línea derivada del estudio de las características de la burguesía china. La conclusión principal de este estudio es: que la burguesía china ofrecía una característica dual: por una parte se oponía al imperialismo, cuya intrusión económica y avasallamiento político perjudicaba sus intereses; y por otra parte, temía al imperialismo y se doblegaba ante sus invasiones, consciente de su propia debilidad que le imposibilitaba de hacer una resistencia firme y victoriosa. De esta constatación derivó la línea del Frente Unido, lanzada por el Partido Comunista Chino, que significa alianza con la burguesía nacional, en la lucha contra el imperialismo, por la soberanía nacional. Si bien la primera alianza con la burguesía terminó catastróficamente en 1927 por la traición del Kuomintang encabezado por Chang Kai-shek, la guerra contra la invasión japonesa creó las condiciones favorables para establecer una nueva alianza, con un nuevo criterio por parte de los comunistas chinos. Estas cuestiones las expondremos más ampliamente en otro capítulo.

A los efectos de clarificar la situación para exponer la política con la burguesía china, basta señalar ahora que con la hegemonía política y militar lograda por el proletariado y el campesinado de China después de concluida con una rotunda victoria la Tercera Guerra Civil Revolucionaria (1946-1949), el Gobierno Popular, bajo la orientación del Partido Comunista Chino, desarrolló esta sabia política de transformación de la burguesía china, tras cumplir los previos pasos de su utilización para el desarrollo económico, y su limitación para no perjudicar la orientación socialista del país bajo las normas de la democracia popular.

Está entendido que esta labor de transformación de

la burguesía, se refiere exclusivamente a la burguesía nacional china, y no a la parte de la burguesía calificada como "burocrática e intermediaria del imperialismo". Con esta rama de la burguesía se aplicó simplemente la política de confiscación, en cuanto se instauró la República Popular en 1949.

En los primeros momentos de la Liberación, en ese año, cuando el sector estatal de la producción —constituido luego por las posesiones confiscadas a la burguesía burocrática e intermediaria— no se había establecido, la industria privada ocupaba un fuerte porcentaje. Por ello el poder popular utilizó los recursos económicos y humanos del capitalismo nacional privado para abastecer el mercado. La industria y el comercio capitalistas cumplieron un gran papel en este período.

Pero la tendencia natural del capitalista con su vieja mentalidad es desarrollar el sistema capitalista, y expulsado el imperialismo y sus agentes del país, la burguesía nacional encontraba campo abierto para intentar un desarrollo capitalista de su economía. Este fué en China el período que Lenin calificaba de "quién vencerá a quién", que en toda revolución social se presenta en determinado estadio de su desarrollo. Tal tendencia era incompatible con la orientación socialista de la Revolución China. Su dirección por el proletariado y el campesinado, como fuerza hegemónica dentro del Frente Único, señalaban la característica principal entre la revolución democrático-burguesa de "viejo tipo" —bajo la hegemonía de la burguesía nacional— con la revolución democrático-burguesa de "nuevo tipo" —como se desarrolló el movimiento revolucionario chino triunfante en 1949.

Esta orientación hacia el socialismo, naturalmente no resultó del gusto de varios elementos burgueses, y en esos medios se desarrolló la tendencia llamada de "Los Cinco Vicios" —ya explicados—, que fué la forma concreta en que se

presó la lucha de las viejas tendencias burguesas contra el poder popular. La movilización de las masas populares y principalmente de la clase obrera, contrarrestó esta actividad, enfrentando a los capitalistas a la crítica y a la persuasión, siendo mínimos los casos en que se aplicó sanciones de carácter judicial.

—Recordamos constantemente que nuestra política con la burguesía nacional —dice el dirigente de Shanghai, Chen Yi-man— es la alianza, y no la lucha. Esta alianza no significa impedimento para hacer críticas, pues nuestra fórmula es "unidad-crítica-unidad". Es decir: partimos de un criterio de unidad con la burguesía para criticarla y persuadirla. Y esta crítica crea las condiciones para proseguir la unidad dentro de una base superior de mas compenetración, entendimiento y mutua conveniencia.

En el período comprendido entre 1949 y 1953, la "utilización" de la burguesía nacional significó su involucración en el esfuerzo general de reconstrucción de la economía destruida por el imperialismo y el capital burocrático y las guerras prolongadas que había sufrido China. El Estado proporcionaba la materia prima y las fábricas privadas la elaboraban y entregaban, conservando sus márgenes de ganancias. La capacidad técnica de los burgueses estaba así al servicio de las grandes tareas de la reconstrucción económica. La "limitación" se expresó fundamentalmente en los sistemas de legislación tributaria adoptados, que ponían coto a la ganancia del-amedida.

En 1953 la República Popular China comenzó a aplicar su Primer Plan Quinquenal, y se puso a la orden del día el problema de estatizar el comercio y la industria. El primer paso fue terminar con el comercio privado al por mayor sustituyéndolo por el estatal. Se cortó así el lazo entre el capital urbano y la economía rural. Los antiguos comerciantes al

por mejor fueron colocados en iguales funciones dentro de organismos estatales, aprovechándose su experiencia.

El comercio privado al por menor quedó reglado a la venta en comisión, recibiendo mercancías de las empresas estatales para su expendio al público, bajo una escala de comisiones establecida. Esto significaba la introducción de elementos socialistas dentro del comercio. Igual puede decirse del hecho de que las fábricas privadas, trabajando bajo contrato con el Estado, se reglaban al plan de producción de éste, que significaba introducir la producción privada en la planificación socialista de la economía y someterla a su ritmo orientado, antes de su transformación completa.

A todo esto, los comunistas chinos le llaman "forma inferior de capitalismo de Estado". Encerrando estos ciertos elementos socialistas, la explotación y administración continuaba en manos de los capitalistas, lo que daba margen para que subsistieran fenómenos tales como el fraude en los contratos, alteración en los costos, etc. La "unidad-crítica" también funcionaba en estos casos que, en general, fueron abundantes.

En el curso de estas incidencias en el seno de la burguesía nacional fué produciéndose un proceso de diferenciación en el grado de desarrollo y corrección de su mentalidad, dirigiéndose una parte hacia el socialismo, más rápidamente que la otra, e impulsando la primera a la segunda a seguir tal camino.

Los comunistas chinos trazaron el desarrollo de este proceso en tres etapas: primero, transformar la propiedad capitalista en capitalismo de Estado, y segundo, transformar la propiedad capitalista-estatal en propiedad de todo el pueblo socialista. Dialécticamente hablando, significaba ir desde las formas inferiores a las formas superiores.

La forma inferior o primera etapa de la transformación

ción, es la empresa mixta. Veamos esto:

En 1955 se produjo en China el gran auge del movimiento cooperativista en el campo y también se progresó bastante en este sistema dentro del artesanado. El Presidente Mao Tse-tung, hablando en la XI Sesión ampliada de la Conferencia del Estado, en 1957, dijo:

"La transformación del régimen social de nuestro país, además de la debida a la cooperación en la agricultura y en el artesanado, se operó también en 1955 al culminar la conversión de las empresas de la industria y del comercio particulares en empresas mixtas, estatal-privadas".

Al comienzo, los capitalistas querían poner en práctica dentro del sistema de la empresa mixta el viejo principio capitalista de "quién tiene más acciones dirige la empresa". Pero el capitalismo de Estado, dentro de las condiciones de la orientación socialista, obliga a que la dirección estatal en las empresas mixtas sea imprescindible, sin considerar el porcentaje de acciones que el capital privado tenga en las mismas. En Shanghai hubo casos en que, en determinadas empresas de una misma rama, el Estado no tenía acciones, pero la incorporación a la fábrica de los representantes estatales significó su conversión en empresa mixta, en cuanto a su orientación.

La adopción del sistema de empresa mixta por los capitalistas fue consecuencia tanto de la presión interna de su sector más avanzado o desarrollado hacia el socialismo, como de la presión externa o de masa, ejercida por los trabajadores obreros y empleados de las empresas. En el seno mismo de las familias de los capitalistas se produjeron fenómenos interesantísimos: los hijos de los capitalistas, educados en un nuevo ambiente, en escuelas socialistas, habían adquirido o estaban adquiriendo una nueva mentalidad, una mentalidad socialista, conforme a la cual se destacaba que vivir en la explotación producida por el trabajo ajeno era un acto vergo-

2000. Se produjeron casos en que los hijos renunciaron a recibir la herencia de sus padres, producto de la explotación de los trabajadores. Estos factores influyeron también poderosamente en la actitud de los propios capitalistas, los que pidieron convertir sus empresas privadas en mixtas.

El 24 de enero de 1956, las 168.000 empresas capitalistas industriales, comerciales y de servicios de Shanghai, quedaron constituidas como empresas mixtas. Ese día terminó el proceso de conversión, que se había iniciado ya con anterioridad. El capital de estas empresas sumaba 1.170 millones de yuanes, lo que significaba la mitad del total nacional de rubros de industria, comercio y servicios, a tal punto era enorme la concentración industrial y comercial capitalista en Shanghai.

Esta transformación no se hizo tampoco sin descontento de algunos sectores de la burguesía, que consideraban misma como una "confiscación". El gobierno popular implementó entonces la política del "rescate", estableciendo el pago de dividendos fijos a los capitalistas, los que fueron señalados en el 5% anual. Los ingresos por este dividendo son cuantiosos. Yun Mi-ren, por ejemplo, principal accionista de la fábrica de tejidos de algodón N° 9 de Shanghai, tiene 13 millones de yuanes, que significan unos 600.000 yuanes anuales su dividendo fijo.

Este pago del 5% anual, no tiene nada que ver con el monto de las ganancias de la empresa, la que se administra totalmente conforme a las normas estatales establecidas. El dividendo fijo otorga asimismo derechos al Estado para confiscar, trasladar e incluso eliminar las empresas, atendiendo exclusivamente a las necesidades de la tecnificación y desarrollo de la industria. Se operaron, en consecuencia, grandes cambios en la estructura de las empresas de Shanghai. Algunas de ellas fueron trasladadas a lugares más cercanos a

1

producción de las materias primas que utilizaban y más cercanas también a las zonas donde tenían su principal mercado de consumo. Así, se llevaron empresas a las provincias de Shensi, Kansu, Jubel, etc. Por otra parte, empresas pequeñas que servían a otras mayores, han sido unificadas con éstas. Hoy existen grandes empresas formadas por la unión de 40 o más empresas menores, dependientes o similares anteriormente.

Todos estos cambios han sido altamente positivos a los fines de desarrollo del socialismo, al acrecentamiento del bienestar del pueblo, y satisfaciendo a los capitalistas con el dividendo fijo, establecen nuevas condiciones favorables a su reeducación y a la continuación de su aporte a la construcción económica mediante sus servicios técnicos, pues, además del pago del dividendo, muchos capitalistas ganan sueldos como directores o jefes técnicos en diversas empresas importantes.

Al haberse transformado casi simultáneamente tan gran número de empresas, fué necesario crear organismos que dirigieran a cada rama de la producción industrial, formándose Compañías. Hay más de 250 capitalistas a la cabeza de estas Compañías como Gerentes o Subgerentes. La mayoría de ellos sólo habían dirigido antes empresas pequeñas, pero ahora el Gobierno Popular los ha puesto al frente de organismos que dirigen a docenas y hasta centenares de empresas. Pero tal dirección se realiza bajo supervisión estatal.

Colocando a los capitalistas en tan importantes puestos, se despojó de sus mentes la creencia de que al establecerse la empresa mixta, no tendrían ya mando alguno, ni podrían seguir aplicando sus conocimientos técnicos y sus experiencias en la producción. Los comunistas chinos tienen también en cuenta la costumbre de "mando y dirección" de los capitalistas, y la aprovechan, dentro de nuevas normas y principios de

figura, al servicio del socialismo. Al mismo tiempo, cuando en cargos principales, los capitalistas tienen una razón menos para hacer oposición al socialismo. Los sueldos de estos capitalistas se conservan al nivel de los antiguos sueldos que percibían al frente de las empresas privadas, de las sociedades anónimas. Esto significa que estos capitalistas ganan por concepto de sueldo mucho más que un funcionario estatal comunista. Estos sueldos elevados son considerados también por los comunistas chinos como parte de su política de "trabaje".

En 1955 se acabó, en lo fundamental, la base económica de la burguesía china, al resolverse el problema de la propiedad privada capitalista. Pero, ¿la pérdida de la base económica significa que ya no existe la burguesía? No, ciertamente. Los comunistas chinos recuerdan constantemente que la burguesía no posee sólo una base económica, sino una actitud de clase, una ideología de clase, una conciencia de clase. Terminar con la burguesía, como clase, significa no solamente acabar con su control sobre los medios de producción, sino también con su mentalidad, con su actitud de clase, su ideología de clase. Para esto, se emplean los métodos de la reeducación política, la creación lenta, difícil y no exenta de retrocesos, de una mentalidad socialista. Esto demandará mucho más tiempo. Y en el caso de la burguesía china, cabe recordar que aún se mueve la "cola" del dragón capitalista en el económico: el dividendo fijo.

Decimos que este proceso reeducador no es sencillo, recto, ni corto. La experiencia de la ofensiva derechista-burguesa dentro del mismo Partido Comunista Chino en 1957, mostró que varios elementos capitalistas miraban con simpatía y esperanza esta sublevación de los elementos miembros del Partido que afirmaban que el ritmo de edificación socialista era "muy rápido", que debía adoptarse el principio de

La reeducación de los capitalistas se efectúa también en sus propios organismos, como la Federación de Círculos Industriales y Comerciales y su propio partido político, la Asociación de la Construcción Democrática de China. Los capitalistas tienen también sus propios centros de estudios y reeducación, las "escuelas de capitalistas" que llama Alvarez del Vayo. El estudio en estas instituciones consta de dos aspectos: el conocimiento de los sucesos nacionales internacionales y el estudio de la línea del Partido Comunista. Esto último lo organizan los mismos capitalistas. Existen también Institutos de Estudios Socialistas, donde asisten voluntariamente capitalistas e intelectuales burgueses. Ya es común que los capitalistas estudien la economía política marxista. En este terreno, a ellos les es muy fácil ligar la teoría de la plusvalía, por ejemplo, con su práctica burguesa antes de la Liberación.

El Gobierno Popular organiza también visitas de los capitalistas a los lugares principales de la construcción socialista, para que conozcan y diferencien la merca, la estructura de la industria capitalista que ellos tenían, con la grandesa de la industria socialista de hoy. También realizan los capitalistas chinos viajes de turismo a la Unión Soviética y a otros países socialistas. Considerando que gran número de burgueses chinos tienen educación europea, estos viajes les dan ocasión de comparar lo que antes vieron en Inglaterra, Alemania o Francia, con lo que ahora ven en los países del mundo socialista.

Las esposas de los capitalistas también tienen razones de peso para sentirse más satisfechas hoy que antes de la Liberación. El dirigente Chao Yi-man, nos cuenta que conoce personalmente el caso de la mujer de un capitalista, que le relató cómo pensaba antes de la Liberación respecto de su esposo. Deseaba que ganara mucho dinero, que le permitiera

...var una vida dependiosa, pero a la vez se veía asallada por el temor de que los negocios marcharan mal y perdieran todo. Por otra parte, viendo otros casos de familias burguesas, temía que su marido podía buscar otras mujeres y actuar desertinamente. Ahora, ella se siente segura y feliz con el divorcio fijo y con la instauración de normas de moralidad las que su marido no tiene ocasiones de demandarse familiarmente. Muchas esposas de capitalistas, por otra parte, hoy contribuyen voluntariamente con su actividad personal en diversas labores sociales, abandonando la vida de molice y parasitismo del pasado. Varios hijos de capitalistas han ingresado ya a la Liga Juvenil Comunista, y también los Pioneros han ceñido sus pañuelos rojos al cuello de muchos niños hijos de burgueses.

En Shanghai, un viejo capitalista, y uno de los más importantes, Liu Jun-san, al morir, dijo a sus hijos: "Toda mi vida gané dinero para asegurarles a ustedes y a mis nietos una vida cómoda y feliz. Ahora veo que todos ustedes tienen cargos importantes que les ha dado el Gobierno Popular, y me parece que en el futuro, mis nietos no querrán recibir mi dinero".

El viejo Liu, veía claramente que el capitalismo ya no tenía futuro en China. Su sagacidad que le permitía reunir millones, le hacía anticipar que sus descendientes no tendrán ocasión de acrecentarlos.



AN-SHAN

Obreros fundidores

Hombres de "sexta categoría"

Y hemos visto a hombres comunes, hombres que no habían leído a Confucio ni fumado opio, hacen, sin tantas frases históricas, las mismas cosas que los protagonistas de Malraux acompañados de inagotables comentarios filosóficos y consideraciones o mundos irrealista.

— Pierre Courtade.

Aquel hombre no tenía nada de los héroes de Malraux. Relatando sus luchas, no descubre los rasgos del terrorista Tchen, y menos todavía los de Kyo, quien parece actuar siempre consciente de que un novelista toma nota de sus ac-

ciones para retratar su estatura de héroe profesional. Bien es verdad que los héroes de las novelas "chinas" de André Malraux, poco tienen que ver con los auténticos actores de la revolución china. Alguno comentaba tal irrealidad literaria en Malraux, afirmando que si los comunistas chinos hubieran sido como Kyo o Tchen, habrían muerto de extenuación nerviosa.

Sen Jun-chun, en cambio, parece estar muy lejano a los ataques de nervios. Grueso, reposado, el canoso cabello cortado pequeñísimo, muestra en el bolsillo superior izquierdo de su arrugada chaqueta azul una hilera de lapiceros que brillan en emulación con algunos dientes de plata que exhibe a cada sonrisa. En realidad, no nos cuenta su historia, no relata su vida. Nos informa de las luchas desarrolladas por los obreros de la Planta Eléctrica de Shanghai, bajo la ocupación japonesa y en los períodos de dominio del Kuomintang. Pero su acción personal se halla tan ligada a estos hechos, que es casi su autobiografía lo que va reconstruyendo ante nosotros, entrechirando hasta hacer una línea sus ojos y gustando algunos cigarrillos "Tien An-men". Quizá si en las espesas bocanadas de humo que arroja, vea desfilar las escenas cruciales de su vida.

—Esta Planta Eléctrica era una empresa del imperalismo —dice—; entonces se llama "Planta Eléctrica Yan Su-pu, de la Compañía Eléctrica de Shanghai." En mayo de 1949 un comisario enviado por el Ejército Popular de Liberación tomó su dirección. Pero sólo en diciembre de 1960 se impuso control militar aquí, como réplica a la congelación de fondos chinos efectuada por Estados Unidos en el extranjero. Cuando se ejercía el dominio imperialista, nos impusieron una escala de categorías dentro del personal, que demuestra la práctica de la discriminación racial que sufríamos. Veán éstas "categorías": primero, yanquis; segundo, ingleses; tercero, otros ex-

trabajeros de origen europeo; cuarto, técnicos chinos; quinto, aprendices chinos; sexto, obreros chinos. La discriminación se hacía palpable en las remuneraciones. Los sueldos de yanquis ingleses eran de 900 onzas de plata al mes, lo que equivalía al sueldo por igual tiempo, de 900 obreros chinos. Un obrero extranjero, aunque no fuera yanqui o inglés, ganaba cuatro veces más que nosotros, los obreros chinos.

—¡Ah!, Sen Jun-chun —pienso yo—, eras en tu propia patria, un hombre "de sexta categoría" y valía quinientas veces menos tu trabajo que el de un yanqui, rumiante amasador de chicle...

—Con nueve fallas en nuestra labor nos arrojaban del parato —prosigue Sen—, teníamos prohibida la lectura de ciertas publicaciones, ya pueden imaginarse cuales, y no podíamos formar grupos, o conversar, entre más de tres obreros de distintos talleres. Romper un vidrio significaba tener seis fallas anotadas en nuestra contra. Tales eran nuestros "derechos" en el trabajo.

Los datos que les he dado de los salarios, deben completarse con esta particularidad: en la Pianta se pagaba salarios tres veces mayores que los abonados en empresas similares nacionales. Y esta diferencia de remuneraciones se nos destacaba a cada instante, tratando de convencernos de que deberíamos sentirnos satisfechos y halagados por trabajar en la empresa imperialista.

En 1923 organizamos el Partido dentro del personal de la Pianta. Todos nosotros participamos activamente en la gran huelga del 30 de Mayo de 1925 y también en los tres sucesivos levantamientos armados de 1926 a 1927. En 1928 tuvimos una huelga que duró 53 días, en la cual salimos derrotados, por nuestros errores extremistas. La Empresa despidió a unos 200 obreros entre los más combativos. Al iniciarse la Guerra Anti-japonesa y en el curso de toda su duración (1937-

1945), así como durante la Tercera Guerra Civil Revolucionaria (1946-1949), nos reorganizamos y fortalecimos políticamente. Nuestra consigna fue entonces: "camouflage prolongado y acumulación de fuerzas".

Téngase en cuenta las condiciones de la lucha bajo el dominio japonés y del Kuomintang, y se verá que no teníamos ninguna posibilidad legal para ella. Nosotros, los comunistas, estudiábamos paciente y cuidadosamente el nivel de conciencia política de las masas, para adecuar a él todo planteamiento de lucha a realizarse. Y no reclutábamos cualquier obrero para el Partido, sino solamente a los mejores cuanto a su conducta personal, a su prestigio y a su nivel técnico.

Cuando se inició la Guerra Antijaponesa, los imperialistas yanquis e ingleses desarrollaron una política destinada a empujar a los chinos a luchar contra el Japón, teniendo en cuenta, naturalmente, sólo sus intereses y sus similitudes con el imperialismo japonés. Se dieron algunas concesiones y facilidades a los trabajadores, a este fin, aunque la prohibición de organizarse proseguía en pie. Pero en cambio tuvo auge la campaña de ahorro para las víctimas de la guerra. Se efectuaban colectas mensuales y se organizaban entre los obreros lecturas colectivas de ciertos periódicos y libros.

En ese tiempo también estaba muy extendida la actividad mercantil de los obreros, forma que éstos empleaban para ayudarse económicamente. El Partido empleó estos temas también, y extendiendo la red de relaciones comerciales, abarcamos hasta las zonas del territorio liberado mediante tales conexiones, remitíamos allí medicinas que precisaban para nuestros heridos. Estas conexiones eran también una magnífica ayuda en la propaganda, pues los obreros solían viajar a las zonas liberadas con fines de comercio, crecaban hablando muy bien del comportamiento del E

cito Popular de Liberación y entusiasmados con sus soldados.

Desde 1942, nuestra Planta estaba sometida a un régimen de control fascista por los invasores japoneses. Hasta se nos imponía el uso de los billetes editados por el gobierno títere de Wang Ching-wei. El cambio corriente entre la moneda nacional y la del traidor Wang, era entonces de un yuan antiguo por 32 centavos de los yuanes de Wan Ching-wei, pero en la Planta los nipones se mostraron "generosos" cambiándonos 60 centavos de los yuanes de Wang por cada yuan nacional. Este cambio de moneda rebajó nuestros salarios en un 24 por ciento, y en protesta nosotros expresamos que bajaría nuestra producción en un 68 por ciento. Realizamos una gran campaña por el "trabajo lento", que duró hasta la rendición del Japón, en 1945. De 387.000 kilovatios bajamos a 150.000. Esto significó un duro golpe para el Japón, que perjudicó la producción industrial de Shanghai, que estaba en sus manos. Las fábricas de armamentos perdieron bastante capacidad de producción.

Los soldados japoneses que guardaban la entrada, de la Planta para humillarnos, exigían que los saludáramos con profundas reverencias, y nos daban de culatazos si omitíamos el saludo o lo hacíamos de mala gana. La gente estaba muy indignada por este abuso. Consultamos el caso con varios camaradas, y encontramos la solución. Al día siguiente de nuestro acuerdo, todos los obreros fueron concentrados frente a las puertas de la Planta, a la hora de entrada, y ante el desconcierto de los soldados japoneses, cada uno de nosotros avanzaba y se inclinaba en profundas reverencias ante cada uno de ellos, y el siguiente no lo hacía hasta que el anterior obrero no hubiera terminado sus genuflexiones. Bueno, la ceremonia duraba horas íntegras y la Planta no funcionaba porque nosotros estábamos ocupados haciendo reverencias. Los jefes japoneses se desesperaron y prohibieron toda reve-

trabajos en adelante. Nosotros, ¡muy satisfechos!

—Claro: ya no harían reverencias, y en el interín, después de haber perjudicado la marcha de las fábricas controladas por el invasor, al dejar la Planta sin trabajo por esas horas.

—Las cosas tienen solución. Lo importante es saber encontrar el camino más adecuado... —Se prosigue hablando y arrojando humo—. En 1945 se nos presentaron condiciones favorables para la organización de un sindicato en la Planta. Eran los momentos de la rendición del Japón. El Kuomintang todavía no se había afianzado en la ciudad, y los yanquis aún no habían regresado a la Planta. Se formó un Comité Preparatorio del sindicato, el que se constituyó poco después en forma unitaria con los empleados. Nuestros obreros tuvieron que aceptar un hecho consumado. Así estuvo la situación hasta 1947, en que, desarrollándose la Tercera Guerra Civil en todo el furor, el Kuomintang lanzó también una ofensiva contra nuestro sindicato, disolviéndolo, y arrestando a varios dirigentes y activistas. Mas no quebró nuestra voluntad de lucha. En enero de 1948, impusimos la realización de elecciones libres para la dirección de nuestro Sindicato. Fue electo el camarada Wan Siao-jo, y entonces...

Wan Siao-jo. En el Museo de los trabajadores de la Planta Eléctrica se exhibe varias fotos suyas, y las fotostáticas de las cartas de despedida que dirigiera a su esposa y a sus camaradas, antes de ser fusilado. En los cines de China se exhibe la película basada en su vida ("Llamadas en la cárcel"). Yo tuve oportunidad de verla, y por ella, conocer la historia de su sacrificio.

Wan Siao-jo, joven obrero de la Planta Eléctrica de Shanghai, —en sus fotos luce el aspecto de un muchacho ape-

... fue elegido dirigente del sindicato controlado por los
agentes kuomintanistas, los que, fracasando en sus maniobras
para comprarlo, urden diversas intrigas de provocación en su
contra. Los agentes kuomintanistas no sabían que el joven
era un militante del Partido Comunista, pero tramaron el "ha-
cazgo" de un acto de sabotaje contra las máquinas de la Pianta
Eléctrica. Los agentes, apresan a Wan y mediante torturas intentan ha-
cerle confesar su culpabilidad como "saboteador".

Wan recibe en la cárcel, por intermedio de sus com-
pañeros de celda, la consigna del Partido Comunista: el Kuo-
mintang intenta mediante el caso Wan Siao-jo, acusar a los
comunistas de sabotadores. Wan es avisado para negar su
condición de comunista que, por lo demás, no podía ser pro-
bada por los reaccionarios. Estos arman un proceso y desfilan
numerosos testigos falsos, entre ellos los agentes patronales
del sindicato de la Pianta Eléctrica. Wan Siao-jo permanece
firme, refutando el cargo de "comunista saboteador". El tri-
bunal, sin ninguna prueba, lo condena a muerte. Wan Siao-jo
cuando al marchar al fusilamiento, podrá gritar lo que
es el anhelo de toda su joven vida: "¡Kungchantan wansei!"
"¡Viva el Partido Comunista!".

Pero la consigna que le dieron subsiste, pues las con-
diciones que la determinaron, siguen vigentes a pesar de la
terminación del juicio, al continuar el propósito provocador
anticomunista del Kuomintang. Y Wan Siao-jo, en la última
escena del flujo de su vida, sale de la celda con las brumas
del amanecer, en medio de los soldados que lo fusilarán, pen-
sando: "Soy el único comunista chino que no podrá gritar
en el momento de la muerte: "¡Kungchantan wansei!".

Hoy, la Nueva China tiene a Wan Siao-jo como uno
de sus héroes famosos, como uno de los mártires que forjaron
el triunfo de la revolución. Y millones de jóvenes chinos
aprenden en su ejemplo, el temple y el coraje sin límites que

comportaba ser soldado de esta revolución en los años negros del Kuomintang.



—.....y entonces, recobramos la hegemonía en el sindicato para la clase obrera —sigue recordando Sen—. El momento era difícil, pero sabíamos sortear los peligros. Y en medio de todos ellos, no abandonamos el trabajo de orientación de los trabajadores. Los mismos periódicos del Kuomintang nos servían de materia de discusión, para dilucidar los problemas y sacar a relucir la verdad, tras el fango de mentiras que nos daban impresas. Estudiábamos y explicábamos especialmente lo concerniente a la Guerra de Liberación, el significado de las derrotas militares del Kuomintang.

Habíamos luchado mucho para evitar esta Tercera Guerra Civil. El pueblo había salido a las calles muchas veces exigiendo paz, y lanzando el grito de alarma: "Si hay guerra subirán los precios". En la Planta también logramos éxitos, obligando a los yanquis a reconocer el principio de "a igual trabajo, igual salario", echando abajo las discriminaciones que practicaban en contra nuestra. Fue una etapa de exitosa combinación de las luchas políticas con las luchas económicas.

El Kuomintang tenía un código de trabajo, reconociendo el derecho a organizar sindicatos, al descanso, a las vacaciones, al seguro social, etc., pero esto siempre trataban los mismos kuomintanistas de dejarlo en el papel. Nuestras luchas económicas se basaban en la aplicación del código de trabajo del Kuomintang. El gobierno se veía ante la alternativa de reprimirnos y demostrar así que su código era un papel arrugado, derrumbándose su demagogia "democrática", o ceder a nuestras demandas basadas en su código. Los yanquis

no querían reconocer a nuestro sindicato, y nuestra lucha se libró bajo la consigna de "obligar a los capitalistas extranjeros a acatar las leyes chinas".

Quisiera contarles ahora cómo se desarrolló una de nuestras luchas más importantes. El 23 de Enero de 1946 los burocratas y sus amos norteamericanos lanzaron una ofensiva contra los sindicatos. En nuestra Planta advujeron la necesidad de reducir el personal y comenzaron por despedir al delegado general del Sindicato y anunciaron también el próximo despido de centenares de obreros. La lucha era inevitable...



Sen Jun-chun se vió interrumpido: otro dirigente chino se levantó de su asiento y se dirigió al intérprete, señalando a Sen mientras hablaba. Sen sonreía con una expresión de niño atrapado en falta.

El intérprete habló entonces:

—El camarada me dice que el camarada Sen Jun-chun está omitiendo mencionar que ese delegado general del Sindicato, que fué despedido, era el mismo camarada Sen.

El aludido no hizo ningún comentario. Comprendí que la omisión era deliberada. Sen entendía que revelarse como el delegado general del Sindicato, por esos años tempestuosos de luchas y peligro, era casi una jactancia impropia de un comunista chino. En Pekín, semanas antes, ya tuve ocasión de especiar un incidente parecido, durante una cena que ofrecieron los dirigentes del Gobierno Popular a los visitantes extranjeros. En la misma mesa, estaban Li Chu-li y Tan Chen, importantes dirigentes comunistas, miembros del Comité Central. Uno de los visitantes, curioso y preunción inflexible, inquirió acerca de si alguno de los dos dirigentes presentes

En el anterior movimiento nuestro comportamiento nos pre- en la mesa habían participado en la hazaña de la Segunda Guerra Civil, conocida en la historia china como "La Gran Marcha". Hubo una pausa después que el intérprete tradujo la pregunta a los dirigentes. Ninguno hablaba, pero finalmente, Li, puesto en la obligación de no dejar sin respuesta la pregunta del huésped, señaló a Tan Chen.

—El camarada hizo "La Gran Marcha".

Tan Chen apenas parpadeó. Y el visitante inquirió ahora a Li:

—¡Ah!... Y usted, ¿no estuvo entonces en "La Gran Marcha"?

—No me fué posible.

—¿Por qué?— lo persiguió el inquisidor.

—Estaba preso en Cantón...

—¡Ah!... ¿Y cómo se salvó de morir fusilado?

Li rompió el cerco, hallando una respuesta a gusto del latinoamericano.

—Suerte, tal vez— y sonrió como disculpándose.

Siempre la misma modestia, el mismo proceder que, por lo natural y consustanciado con la personalidad, ya es un rasgo natural de los comunistas chinos: no hablar de sí mismos, no elogiarse o vanagloriarse. Pueden estar relatándonos las más portentosas hazañas de su revolución victoriosa, pero difícil será hacerles confesar la parte que les cupo en tales hazañas. Sólo ante el temor de parecer desconfiados, hablan de lo suyo, y dicen algo de lo mucho que la revolución les ha demandado en sacrificio, dolores, fatigas y sangre. Pero, sigamos a Sen Jun-chun:

—La lucha era inevitable. Hicimos un balance previo

de nuestras posibilidades y constatamos que anteriormente habíamos tenido éxito porque los kuomintanistas y los yanquis aún no se habían afianzado por completo en el poder, apenas derrotado el Japón. La directiva del Sindicato acordó sostener la huelga dentro de la Planta. Hubo opiniones dispares acerca de si cortar o no el fluido eléctrico para la ciudad. Entre los obreros varios opinaban porque se corte, y entre ellos los que más gritaban eran algunos kuomintanistas. Se buscaba un pretexto para la intervención, provocándonos a dejar la ciudad en tinieblas. Nuestra decisión fue no cortar el fluido, para no perjudicar a la población, pero en cambio no cobraríamos las tarifas por alumbrado ni repararíamos las máquinas durante la huelga. Poco después el sindicato de tranviarios nos limitó al realizar ellos una huelga, durante la cual manejaban los tranvías, para no obstaculizar la movilización de la gente del pueblo, sin cobrar pasaje a nadie...

Bueno, la Policía y el Ejército bloquearon el edificio de la Planta, donde nosotros permanecíamos. Los kuomintanistas urdieron un hábil plan: comenzaron por mostrarse "generosos" con las esposas e hijas de los obreros de la Planta, dándoles pase para que pudieran ir al edificio bloqueado, a visitarnos. Esto sucedió dos días antes de la Fiesta de la Primavera (o Año Nuevo chino), fecha en que tradicionalmente las familias se reúnen para celebrarla en conjunto.

Cuando las mujeres se acercaban a la Planta, algunos grupos de prostitutas y otras mujeres corrompidas aparecieron y se mezclaron con ellas, levantando un cartel que decía: "Queremos que vuelvan nuestros maridos a casa para celebrar el día de la Primavera". Simultáneamente agentes policiales vestidos de civiles se lanzaron al ataque contra los huelguistas, golpeando a varios y apresando a algunos dirigentes. Los periódicos dijeron luego que las mujeres familiares de los obreros habían manifestado contra el Sindicato, y

que se produjo una pelea entre huelguistas, lo que determinó la intervención del Gobierno. Los obreros fuimos arrojados de la Planta por la fuerza armada, pero no nos dispersamos. Enfrentados a una situación de violencia provocada por el Kuomintang, respondimos cortando el fluido y cercamos durante un día y una noche el edificio de la Oficina de Asuntos Sociales del Gobierno. Los dirigentes fueron liberados y logramos la victoria, pues nuestro Sindicato fue reconocido, conseguimos se regulen los salarios, la formación de una conferencia consultiva entre el capital y el trabajo, y adquirimos ciertos derechos sobre la administración de la Planta, estableciéndose que los castigos, premios, despidos y promociones del personal sólo podrían efectuarse con el asentimiento del Sindicato.

Les he hablado de un triunfo, pero poco después tuvimos una derrota. Ella fue derivada de la incomprensión de cómo habían variado las condiciones de lucha. Intentamos repetir en septiembre de 1947 el cerco de la Oficina de Asuntos Sociales y de la Municipalidad, en protesta por la desaparición de cinco dirigentes sindicales raptados por la policía, pero fuimos reprimidos violentamente. No tuvimos en cuenta que esta nueva lucha se hizo sin preparar a la opinión pública a nuestro favor, y que para entonces el Kuomintang estaba de nuevo sólidamente asentado en la ciudad, y podía golpearnos sobre seguro. En esta época también el Kuomintang estaba ya de lleno lanzado por el camino de la guerra civil y la represión sangrienta. Las condiciones que nos permitieron el triunfo en el movimiento huelguístico anterior, eran completamente diferentes: contábamos con la simpatía de la opinión pública y supimos medir nuestras reivindicaciones, pues no planteamos la reposición del delegado general del Sindicato. Era también un período anterior al afianzamiento del Kuomintang, cuando éste todavía hacía demagogia hablando de paz y comprensión nacional. Nunca debemos olvidar la importancia que tie-

ne el captar la simpatía pública a nuestras reivindicaciones acató a los ojos de toda la gente como elementos responsables y conscientes, no como los molinistas que quería hacer aparecer el Kuomintang. La opinión pública en el caso del apresamiento y proceso del camarada Wan Hiao-jo le brindó su apoyo, y no aceptó la versión de que fuera un criminal saboteador. Todo esto lo cargamos a nuestra experiencia. De los errores y derrotas surgen los caminos acertados que conducen a la victoria. Esta conclusión creo que es valdada en todos los terrenos. Aprovecharla, ha permitido la existencia de nuestra República Popular...

El antiguo delegado del sindicato, obrero de "sesta categoría" por ser chino, y que fuera arrojado del trabajo por los "dueños" norteamericanos de la Planta Eléctrica, el viejo Sn Jun-chun, es hoy el Director de la misma.

—Ahora rendimos 1.600 millones de kilovatios - hora —dice—, pero este año ascenderemos la producción a más de 1.800 millones. Antes de la Liberación sólo se producían 800 millones de kilovatios - hora.

En todas las acepciones de la palabra, Shanghai esta iluminada "después de la Liberación". Tú sabes bien lo que eso te cuesta, Sn...

CAPITULO VII

La Revolución China Comienza

Larga ha sido la noche y lenta el alba en
(llegar a esta tierra,
por cientos de años giraron los demonios en
(frenética danza
y los quinientos millones de hombres esta-
(han separados.
Mao Tse-tung
("Poemas")

Es un cuarto pequeño, sencillo, apenas amoblado con una mesa desnuda, alrededor de la cual se agrupan algunas sillas y taburetes. Al fondo, una estrecha escalerilla de madera se empuja para llegar a la planta alta. A su costado, una puertecilla comunica con un corredor que tiene salida a la ca-

de lateral. La casa en su conjunto, es reducida, de ladrillo rojo, construida al estilo occidental, como que se halla encerrada en el barrio de Shanghai que antaño fue concesión francesa.

No ofrece este edificio ninguna impresión particular por su aspecto objetivo. Nadie lo tomaría en cuenta si no fuera porque toda China y mucha gente de otros países del mundo saben que en esa casa, en esa habitación donde hoy se exhibe una mesa y una docena de asientos, otros tantos hombres, el primer día de Julio de 1921, fundaron el Partido Comunista Chino. Entre ellos se encontraba un alto, delgado y melencólico joven de ojos soñadores, de nombre desprovisto de significación entonces: Mao Tse-tung.

Este episodio marca un instante muy significativo de la historia china. Y para la revolución en ese país, es el hecho que la divide en dos grandes etapas. No podremos comprender su importancia ulterior, si no revisamos someramente los acontecimientos anteriores a aquel en que esos doce hombres se reunieron en torno a la mesa de esta sobria habitación del barrio francés de Shanghai.



Opio, es una palabra muy conocida en Occidente, especialmente en ciertos círculos, cuya familiaridad con tal sustancia excede al simple nombre. Se dice opio, y se piensa en China. Raro resulta entonces saber que el opio no salió de China sino llegó a ella, en los barcos de comerciantes ingleses que ganaban fabulosas sumas con esta mercancía.

Esos comerciantes, hallaron mucho más cómodo pagar las mercancías chinas que adquirían —seda, porcelana, etc.— con opio, y no con dinero. El primer cargamento procedente de la India llegó a China en 1781. En 1800 los en-

vica de opio subieron a 2.000 cajas de 100 libras cada una. Para 1831, ya eran 40.000 cajas anuales. Los norteamericanos vistumbraron el negocio, y también se dedicaron a llevar opio desde Turquía. A poco, China pagaba el opio no sólo en mercancías, sino en moneda. Veinte millones de onzas de plata fueron a las bolsas de los sagaces comerciantes de opio en sólo tres años —1832 a 1835—, determinando una crítica situación económica en el país, y el consiguiente descontento popular. El Emperador comisionó al funcionario Lin Tse-shu para impedir la venta del opio. Lin partió a Cantón, requirió 40.000 cajas de opio a los comerciantes ingleses y las quemó. Indignado el Gobierno inglés ante lo que consideraba un atentado contra la "libertad de comercio", lanzó sus fuerzas armadas contra China. La llamada "Guerra del Opio" significó una rápida derrota de las tropas manchós del Emperador, quien desterró a Lin Tse-shu, acusándolo de ser "causante" de la guerra, y se avino a negociar la paz con Inglaterra mediante el Tratado de Nankín (1842), por el cual se comprometía a pagar indemnizaciones por el opio quemado, entregar Hone Kong a Inglaterra, abrir cinco puertos principales al comercio inglés y la extraterritorialidad para los ciudadanos ingleses en suelo chino, entre otros puntos.

Los norteamericanos, aprovechando la situación actuaron rápidamente, y su enviado Caleb Cushing impuso al soberano chino el Tratado de Wangshíá (1844), bajo la amenaza de que "negarse a negociar es una ofensa que causará la guerra", obteniendo concesiones parecidas a las logradas dos años antes por Inglaterra. Los misioneros europeos, llegados a China "para predicar el Evangelio", secundaron eficazmente esta labor de imposición brutal de las potencias extranjeras.

Como acertadamente lo señala Israel Epstein en su obra sobre este período de la historia china, tales concesiones

tuvieron consecuencias de largo alcance. Por ejemplo: la exterritorialidad rigió de hecho hasta 1949. Las concesiones extranjeras en territorio chino se conservaron hasta ese mismo año, y ellas fueron base y asidero para la expansión imperialista de diversos países en China. Los privilegios concedidos a las mercancías extranjeras, dieron origen a la llamada "burguesía compradora" constituida por los agentes o representantes chinos de las firmas extranjeras cuyos productos gozaban de estas franquicias. Esta burguesía compradora derivó intermediaria del imperialismo, y valioso agente del mismo para el sostenimiento y explotación del pueblo y de la nación china. La Guerra del Opio dejó, pues, marcas funestas que incidirá constantemente en todo el proceso de la revolución china.

Pocos años después, surgió incontenible la sublevación de los "Taiping". Iniciada en la provincia de Quangsi, se extendió rápidamente por casi todo el territorio, triunfando el ejército de los Taiping, constituido por campesinos y artesanos sobre las fuerzas imperiales. Se fundó un Estado, el "Taiping Tien Guo", o "Reino Celestial de la Gran Paz", con sede en Nankín. Su caudillo primero, y luego Emperador de los Taiping, Jung Siu-chuan era un misero maestro de escuela, nativo de la provincia de Kwangtung, dotado de poderosa inteligencia. Cristiano adoctrinado por los misioneros, Jung tomó a pecho su religión, y puso en práctica la prédica de amor, fraternidad e igualdad del cristianismo en su reinado Taiping. Dictó una Ley Agraria en la que decía: "Todas las tierras que existen bajo el cielo serán cultivadas por el pueblo todo que mora bajo el Cielo". Su Gobierno afirmó que "no debe haber nadie que carezca de alimentos o vestidos". El juego, la corrupción, el opio, estaban prohibidos en el reino Taiping. Su ejército tanto trabajaba junto con el pueblo como luchaba contra sus enemigos. En lo internacional, los Taiping desconocieron

los tratados desiguales celebrados con las potencias, expresando su deseo de mantener cordiales relaciones sobre un pie de igualdad, con todos los países.

Pero las medidas de los Taiping resultaron utópicas por lo idealmente igualitarias, y las fuerzas sociales en China aún no estaban preparadas para tal cambio. En última instancia, ciertas medidas derivaban hacia el desarrollo capitalista del país. La alianza de las fuerzas extranjeras con el Gobierno manchú, determinaron la derrota de los Taiping, después de quince años de combates. Los extranjeros cobraron cara su ayuda a la corte manchú, arrancándole más concesiones, entre las cuales estaba la de exportar mano de obra china. Los culies fueron llevados hacinados como animales en las bodegas de los barcos europeos y americanos, por todo el mundo. Hasta nuestra Patria llegaron, y muchos de ellos aborrian con sudor y sangre la construcción del ferrocarril del Centro, bajo el yugo de Henry Meiggs, estafador y aventurero norteamericano, convertido en "héroe del progreso" en Chile y Perú, por la década del 60 del siglo pasado.

Las sublevaciones en China prosiguieron en 1868, 1871 - 1872, protagonizadas por los "nieu", o "portadores de antorchas", la minoría nacional miao, y los musulmanes de Shensi y Kansú, respectivamente. Todas fueron aplastadas en forma sangrienta. Simultáneamente, China perdía en manos del Japón las islas Liu Chiu u Okinawa, y los norteamericanos realizaban incursiones armadas en Corea entre 1867 - 1871. Pero nuevos factores sociales surgieron. Al instalarse fábricas, estilleros y explotarse minas carboníferas por funcionarios influyentes como Tsen Guo-fan y Lin Jung-chan, surgió la clase obrera en China. En 1884-1885, China se vio en guerra con Francia, iniciada sorpresivamente por ésta con el bombardeo de Fuchóu, matando a más de 3000 chinos. China perdió con esta guerra sus dominios en el Viet-Nam.

los que pasaron a Francia.

La "occidentalización" se acentuó en estos años, viajando gran número de jóvenes chinos a estudiar en Europa, mientras en su patria se instalaban nuevas empresas industriales y en Janyeping comenzaba a funcionar la primera acería. Se abrían también las primeras líneas férreas y se tendían postes telegráficos.

En 1894, estalló la primera guerra chino-japonesa. Debido a la ayuda prestada por el Gobierno chino para reprimir una sublevación campesina en Corea, Japón adujo la violación de un convenio chino-japonés y sus tropas invadieron Corea, librándose la batalla en torno a la zona que cincuenta y cinco años después sería nuevamente teatro de otro conflicto, la región Pyongyang-Sedí, o "paralelo 38". Los triunfos japoneses fueron rápidos, avanzando hasta Puerto Arturo. China se rindió firmando el Tratado de Simonséki (marzo, 1895). Taiwán pasó a manos japonesas, e igualmente las Islas Pengju. China abrió siete puertos más al comercio japonés y prometió pagar doscientos millones de onzas de plata como indemnización de guerra. Japón obtuvo también el derecho a instalar sus fábricas en territorio chino. La acuriosidad del historiador norteamericano Epstein nos informa que el inspirador del Tratado de Simonséki, fué un antiguo Secretario de Estado norteamericano, John W. Foster, particularmente interesado en que Taiwán fuera entregada a los japoneses. Su nieto, John Foster Dulles, también como Secretario de Estado vanosé esta vez mucho después el más empeñado opositor a que Taiwán se reintegrara a China.



China fué cayendo rápidamente en manos de las tendencias imperialistas. La concesión por primera vez hecha al

Japón, para instalar en territorio chino sus empresas industriales, marcan con claridad el período en que comienza la exportación de capitales a reemplazar la exportación de mercancías. China, asimismo, contrajo fuertes deudas bancarias con Inglaterra, Alemania, Francia y Rusia.

Los imperialistas impulsaron también a China empresas ferroviarias. Ellos proporcionaban los materiales de construcción ferroviaria y el material rodante; el pago quedaba garantizado por la hipoteca de los mismos ferrocarriles. Los ingleses, con tal sistema, construyeron los ferrocarriles del Norte en 1895, cuya hipoteca abarcaba hasta 1944. La Rusia zarista empleó el soborno de funcionarios para construir y explotar el ferrocarril de la Manchuria.

En 1897, Alemania tomó para sí el puerto comercial de Chincheo, en el Norte, como "reparación por la muerte de dos misioneros". Los misioneros alemanes eran muy caros. Al año siguiente forzó a que se le entregara en arriendo por 99 años una zona de Shandong. Esta concesión debería terminar... en 1997. Días después la Rusia zarista tomaba por 25 años la base naval de Puerto Arturo y el puerto comercial de Dairén, con lo cual quiso asegurarse frente al Japón, que dominaba en la vecina Corea. Inglaterra no se quedó corta, apoderándose de la fortaleza naval china de Weihaiwei, como contrapeso al dominio ruso de Puerto Arturo. Francia tomó en abril de 1898 la bahía de Guangchowwan, en el sur. China iba perdiendo sus territorios y sus riquezas en las garras enguantadas de los "cultos" europeos.

Las cosas llegaron al descarado extremo de que las grandes potencias fijaron sus "zonas de influencia" en territorio chino, —por supuesto sin consultar a los chinos acerca de esto—: la zona del río Yangtsé fué adjudicada a Inglaterra; Rusia zarista tomó Manchuria y Mongolia; el sudeste se repartió más o menos equitativamente entre Inglaterra y

Francia, Japón tomó la provincia de Fuchien, y Alemania la de Shantung.

Estados Unidos, el país de "libertad y democracia", inauguró el siglo XX con la declaración del senador Beveridge, quien, apasionado por la masacre de filipinos y la posesión de nuevas tierras por su patria, dijo orgullosamente:

"Las Filipinas son nuestras para siempre... Y justo al lado de las Filipinas se encuentran los dilatados mercados de China. No abandonaremos ni a aquella ni a ésta... no renunciaremos a la parte que nos corresponde en la misión de nuestra raza, confiada por Dios, de civilizar el mundo... La potencia que manda en el Pacífico manda en el mundo. Esta potencia será para siempre la República Norteamericana".

Estados Unidos acababa de engullirse a las Filipinas y derrotando a España, se posesionaba en Cuba como nuevo emperador colonial. Pero todo esto no mitigaba su apetito, y miraba con ansiedad los avances de las potencias europeas en China. En 1899, el Secretario de Estado, Hay, expresó públicamente la doctrina de "puertas abiertas en China". En las comunicaciones diplomáticas entregadas a las potencias europeas, el joven imperialismo yanqui declaraba que sus intenciones eran de que todos compitieran en igualdad de oportunidades en el saqueo de China. Por cierto que no se empleaba el término "saqueo", ni otro parecido. Sólo se hablaba de "civilización, ayuda, comercio", etc. En resumidas cuentas, se plantaba a los imperialistas europeos la exigencia del "comercio también quiero", como la calificó iracunda y certeramente Lattimore. En esta discusión acerca de "abrir las puertas de China" sólo un país tenía vedada la palabra: China.

Los chinos, poco a poco, en grandes zonas de su territorio, pasaron a la condición de "extranjeros", y los extranjeros se hicieron dueños de todo... o casi todo, pues también tenían que dejar algo para sus lacayos nacionales. Tiempo lie-

garía en que en la verja de entrada a un parque público de Shanghai, se exhibiera orgulloso y desafiante un cartel: "Se prohíbe la entrada a perros y a chinos". La fotografía de este cartel, la vi en el Museo de la Planta Eléctrica de Shanghai, pero la historia de cómo este cartel es ahora recuerdo de museo, es larga de relatarlo.



En el seno mismo de los altos funcionarios de la corte, de China, surgió una corriente reformista. Su vocero principal, el letrado Kang You-wei, quería un tipo de monarquía constitucional, donde los burgueses chinos tuvieran su lugar, al lado de los terratenientes feudales, abogando por cambios "moderados" que frenaran las sublevaciones campesinas. Después de muchas gestiones, Kang You-wei logró influir sobre el joven Emperador Guang Sui y convertir en leyes muchos de sus proyectos, sobre todo en lo referente a los sistemas educacionales, la administración pública y el desarrollo de los ferrocarriles, la industria y la minería. Las reformas duraron días meses, pues la Emperatriz Tse-si, tía del Emperador movilizó a su camarilla reaccionaria en un rápido golpe de Estado. El Emperador fue apresado y recluido en Palacio. Diez años más tarde fue muerto. Algunos reformistas y su jefe Kang You-wei huyeron para salvar sus vidas. No tuvieron igual suerte todos.

Pero, apenas un año después de la derrota de los Taipines, el 12 de noviembre de 1866, en la aldea de Tsai-hung, provincia de Kwantung, había nacido el hombre a cuya acción mucho le debe la China de hoy: Sun Yat Sen. Esta es la pronunciación cantonesa de su nombre. Los pekineses dicen Sun Yen-san. Médico de profesión, se dedicó desde su juventud a la lucha en defensa de su pueblo, y por la reforma de la vieja estructura feudal y absolutista. A diferencia de los

reformistas de Kang You-wei, no pensaba en monarquías constitucionales, sino en la instauración de una república democrática, al estilo europeo. El Dr. Sun organizó diversas conspiraciones y levantamientos armados, que fracasaron sucesivamente, obligándolo a huidas y largas emigraciones. En 1894 fundó la "Sing Chung-jui", o Sociedad del Despertar de China. Sus derrotas lo lanzan por todo el mundo, y por todo el mundo lleva la denuncia de la situación china y la bandera de la lucha por la instauración de la república. En Londres, la Embajada china lo rapta, pero el escándalo diplomático obliga a ponerlo en libertad. Por una vez, el Imperio Británico ha servido de algo al destino de China. Sun prosigue su labor impertérrito.



En Shantung, la provincia "alemana" de China, nace el movimiento de los Yi Jo Tuan, en 1898, como centro de resistencia a la explotación germana y contra las "expropiaciones" que en su propio beneficio realizaban los misioneros europeos respaldados por sus respectivos gobiernos. En 1899 se encendió la chispa de la sublevación al saberse que la corte imperial había concedido privilegios especiales a los sacerdotes católicos que acentuarían y legalizarían las depredaciones de estos "misioneros" en contra del pueblo chino, dándoseles incluso autoridad en los litigios judiciales.

Los Yi Jo Tuan practicaban un deporte parecido al boxeo, y ello les acarrió el mote de "boxers" en Europa, cuando la noticia de su rebelión los colocó en la primera plana de los diarios europeos que clamaban contra esta organización de "asesinos de santos misioneros". Es verdad que la sublevación "boxer" no contaba con un verdadero programa social ni una verdadera organización. Fue más bien una eclosión xenófo-

ba, hostil a los extranjeros en general, pero particularmente a los misioneros. Su valor estriba en que era una expresión popular de repudio a los imperialistas y a sus sistemas económico-religiosos de infiltración, sin vislumbrar la solución de estos males tampoco.

La corte manchú pidió ayuda a las potencias extranjeras contra los "boxers", y éstas no se hicieron rogar. Tropas británicas, norteamericanas, alemanas, francesas, rusas zaristas, japonesas, italianas y austro-húngaras se desparataron sobre China, llegaron a Pekín y lo saquearon e incendiaron, asesinando a los hombres y violando a las mujeres, todo "en defensa de la religión cristiana", amenzada por los Y: J: Tsun. El inglés Putnam Weale, en su obra "Cartas Indiscretas desde Pekín", describe las horripilantes escenas protagonizadas por las civilizadas tropas cristianas, a las que califica de "interminable procesión de bandoleros". Y cuando todo había concluido, el mariscal Von Waldersee llegó con 20.000 alemanes, demasiado tarde para participar en la masacre. Seguramente sus hombres se lamentaron de no poder cumplir los consejos que el Kaiser Guillermo II les brindó al partir:

"Cuando os enfrentéis al enemigo, no olvidéis que la lucha es sin cuartel y no debe haber prisioneros. Manejad vuestras armas de tal manera que cada alemán equivaiga a un millar de combatientes no chinos. Abrid definitivamente el camino a la civilización."

Pekín, humeante y despedazado, sembrado de cadáveres, era el "camino abierto a la civilización". Los soldados alemanes se dedicaron a realizar incursiones punitivas en otras zonas, dejando regueros de cadáveres y aldeas incendiadas.

Las potencias redactaron luego un llamado "Protocolo de los Boxers", estableciendo brutales sanciones contra todos los que, en una forma u otra, parecieran haber tenido algo que ver con la rebelión boxer. Se hicieron "indemnizar" con

500 millones de dólares norteamericanos, pagaderos a las grandes potencias y a sus ayudantes extranjeros: Italia, Holanda, Austria, Bélgica, España, Portugal y países escandinavos. Los plazos de pago se vencerían en 1942. Diez países extranjeros adquirieron el derecho a mantener sus propias tropas en Pekín para resguardar sus embajadas. El Gobierno chino se comprometió a hacer entindas futuras en los tratados comerciales "que los gobiernos extranjeros consideren útiles".

Un humorista, que por serio, sabía ver el lado trágico e irónico de la vida, el norteamericano Mark Twain, escribió por entonces en su "Saludo del siglo XIX al siglo XX":

"Te ofrezco la cristiandad, que regresa enlodada, sucia, desahonrada, de sus incursiones patescas en Kiao-chou Manchuria, el Africa del Sur y las Filipinas. Su corazón rebosa maldad, sus bolsillos revientan por el botín, y en sus palabras hay una hipocresía santurróna. Dadle jabón y una toalla, pero ocúltale el espejo".



En los diez años transcurridos desde el "Protocolo de los Boxers" hasta la caída del Imperio —1911—, la penetración imperialista se acentuó al compás del agravamiento de la miseria del pueblo chino. La Sociedad del Despertar de China se unificó con otros grupos, constituyendo la Tung P'an Jui, o "Liga Revolucionaria", en 1905, que postulaba reivindicaciones democrático-burguesas.

El 10 de Octubre de 1911 las tropas de Jankou ; reclamaron la República y la sublevación se extendió como reguero de pólvora en el Sur. La Emperatriz Tse-si ya había muerto, y en el trono estaba un niño: Pu-Yi. La corte manchú, en connivencia con las potencias y los señores feudales, buscaron su "hombre fuerte" en el general Yuan Shi-Kai. En

Nankín. Sun Yat-sen era proclamado Presidente el 1º de Febrero de 1912 y pocos días después renunciaba para evitar una guerra civil con Yuan, el que fue reconocido Presidente por las potencias imperialistas y la corte manchú, retirando a su hijo-emperador del trono.

Yuan desarrolló un régimen brutal y sanguinario. El organismo sucesor de la Liga, el Partido Nacional o Kuomintang, fue ilegalizado y perseguido el Dr. Sun, quien no supo captarse debidamente el apoyo popular al no haber insistido suficientemente en sus pocos días de Presidente, en la solución del problema agrario, y haber confiado todavía en las potencias extranjeras. Yuan, aconsejado por el profesor norteamericano Goodnow, decidió hacerse emperador, pero una sublevación militar y una apoplejía inmediata dieron fin a sus sueños. El país se hundió en una intrincada lucha de cuñillos militares, tras cada uno de los cuales maniobraba una potencia imperialista. Mientras los "señores de la guerra" se adquiría una invaluable experiencia política: había que derrotar a estos tigres para encontrar la solución de los problemas nacionales. Derrotarlos, significaba derrotar a quienes los apoyaban desde afuera y desde adentro: los imperialistas y los señores feudales y capitalistas intermediarios.

"La agresión imperialista —dirá Mao Tse-tung más tarde— destruyó las esperanzas de los chinos en aprender de Occidente. Es realmente extraño que los maestros invadan siempre los países de sus alumnos".

La primera guerra mundial y luego la Revolución de Octubre en Rusia, dieron una nueva sacudida y mostraron un nuevo camino al pueblo chino. Su patria, obligada a apoyar a los aliados en esta guerra ajena, proporcionó 200 000 hombres, a los cuales no se les permitió combatir, empleándolos como cavadores de trincheras y enterradores en Francia.

Tratado de Versalles no devolvió a China las posesiones alemanas de Shandong, sino las traspasó al Japón. Los estudiantes pekinenses salieron a las calles el 4 de Mayo de 1919 protestando por esta ignominia, y su masacre, provocada por el gobierno, conmovió a todo el pueblo. Esta fecha marca uno de los hitos fundamentales de la Revolución China.

"Las calvas de la Revolución de Octubre trajeron hasta nosotros el marxismo-leninismo", recuerda Mao Tse-tung. En Mayo de 1920, Cheng Wang-fao traduce por primera vez el "Manifiesto Comunista" al chino. Los grupos marxistas han surgido ya en diversos lugares de China, en Pekín, Shanghai, Jankou, Changsha, Janchou y entre los chinos residentes en el extranjero. En París, dirige un grupo Chou En-lai.

El primer día de Julio de 1921, doce hombres se reúnen en una casa de Shanghai, constituyendo el Primer Congreso del Partido Comunista Chino. En el mar de centenares de millones de chinos, estos doce delegados representan a cincuenta comunistas. Una gota en ese mar. Años atrás, el hombre que por esas mismas fechas ya estaba a la cabeza del primer gobierno proletario del mundo, al editar su periódico "Iskra" —Chispa—, escribió debajo del nombre: "De la chispa surtirá la llama". Recordando tal frase leninista, el joven campesino de Junan, que integraba aquel grupo de doce hombres, reprendiendo y alentando a los endeblas y desesperanzados, les dirá más tarde: "una sola chispa puede incendiar toda la pradera".

China permanecía en tinieblas, pero el alba se anunciaba.



PEKIN

Niño

CAPITULO VIII

La Revolución China triunfa

El Ejército Rojo tiene una triple misión:
Al imperialismo vencer,
A las fuerzas feudales exterminar,
Las tierras repartir y el poder proletario ins-
taurar.
y entonces, según su capacidad trabajarán
y todo lo que necesitan recibirán todas.
(todas.)

(De un viejo canto del Ejército Rojo chino)

Iu Shin, en uno de sus cuentos, describe los deseos
de un novelista tratando de encontrar un escenario adecuado
para relatar la vida de "una familia feliz" en China:

"Kiangou y Chekiang pueden comenzar a luchar el al-

quier día de estos, y Fuhien está todavía más fuera de la circulación. ¿Szechuán? ¿Kwantung? Están en medio de la lucha. ¿Y si la vida en Shantung o Honan?... No, podrían secuestrar a uno de sus miembros y entonces sería una familia destruida. El alquiler en las concesiones extranjeras de Shanghai y Tientsin es demasiado elevado... Y situarla en el extranjero sería simplemente ridículo. No sé cómo andarán las cosas en Yennan y Kweichow, pero las comunicaciones son tan malas..."

Finalmente, el novelista salva el problema situando a su "familia feliz" en un hipotético lugar denominado "A". Pero la China de la década del 30, no parecía tener ningún lugar "A" donde hubiera paz. Chang Tso-lin, caudillo militar apoyado por los japoneses se disputa el poder con Wu Pei-fu, respaldado por Inglaterra y Estados Unidos. La batalla intestina destruye los campos y desarticula la economía.

El recién fundado Partido Comunista organiza febrilmente a la clase obrera y orienta sus luchas reivindicativas. En 1922 las huelgas involucran a 300.000 obreros. Los salarios miserables son el mejor agitador de estos movimientos. En Shanghai se pagaba "mejor" que en cualquier sitio a los obreros: 6 dólares norteamericanos al mes, y la jornada era de 12 a 17 horas. Los sindicatos no eran reconocidos por el gobierno.

Mao Tse-tung dirige al Partido en Junan y organiza a los campesinos en esa provincia. Li Shao-chi encabeza los movimientos de mineros y ferroviarios en Pinghsian, Chiangsi. El caudillo Wu Pei-fu ahoga en sangre las peticiones de los ferroviarios, de la línea Pekín-Jankow y asesina a sus dirigentes, los comunistas Lin Siang-chien y Shi Yang. En Chang-sindien, otra masacre da fin a otra huelga. El Partido Comunista, en su Segundo Congreso había lanzado ya un manifiesto invocando a "terminar la guerra civil, derrocar a los caudillos militares y establecer la paz interna; derrocar la opresión del

imperialismo internacional y alcanzar la completa independencia de la nación china; unificar a toda China en una genuina república democrática". Pero no se planteaba con firmeza la dirección proletaria de la revolución democrática, ni se ordenaba el poder político para los trabajadores y la tierra para los campesinos.

Los hechos en el curso de los movimientos huelguísticos —dice Ju Chiao-mu— "enseñaron al Partido y a la clase obrera que para alcanzar la victoria... era necesario formar una alianza ant imperialista y antifeudal con los campesinos que constituían el 80% de la población del país; con las decenas de millones de la pequeña burguesía urbana, y con aquellos elementos democráticos de la burguesía que deseaban oponerse al imperialismo y al feudalismo. Enseñaron también que a la contrarrevolución armada había que oponer la revolución armada".

El Tercer Congreso comunista lanzó un llamamiento al Kuomintang para formar un frente único. El Dr. Sun también había llegado a la conclusión de la necesidad de la lucha armada, y admiraba el proceso de la Revolución Rusa. Después de concertar la acción conjunta con los comunistas chinos, el Dr. Sun dió un nuevo contenido a sus "Tres Principios Fundamentales": Nacionalismo, Democracia y Prosperidad del Pueblo. Ahora su nacionalismo se definía contra el imperialismo, por la plena independencia de China. Su democracia distinguía la falsa democracia burguesa de la democracia del "hombre sencillo" que él buscaba. Su prosperidad del pueblo incidía ahora en dar la tierra a los campesinos, reconocer los derechos obreros y combatir los monopolios.

Los comunistas chinos ingresaron al Kuomintang, transformándose éste en una alianza de lucha revolucionaria. El ala derecha kuomintanista hizo resistencias que Sun acalló amenazando: "Si se plegan a la unidad con los comunistas,

deklararé disuelto el Kuomintang y me adheriré al Partido Comunista".

Preparándose para la lucha armada, el Kuomintang organizó una Academia Militar en Wangpu, cerca de Cantón, teniendo como director a un oficial llamado Chang Kai-shek, y de comisario político al comunista Chou En-lai. Cantón resultó el cuartel general del movimiento revolucionario chino:

Los cambios de poder menudeaban. Subió por "elecciones", el caudillo Tso Kua, derribado luego por el "general cristiano" Peng Yu-siang, en Pekín. El gobierno habló de entendimiento y paz, invitando al Dr. Sun a conferenciar. Fue una pérdida de tiempo, del poco que disponía ya el jefe del Kuomintang, enfermo de cáncer. Antes de morir, escribió su Testamento político y una carta al Comité Central Ejecutivo de la U. R. S. S. En el primero de dichos documentos escribe a sus partidarios a continuar su obra. En el segundo, decía:

"Estáis a la cabeza de una unión de repúblicas libres; esta es la herencia que el inmortal Lenin dejó a los oprimidos. Con la ayuda de esta herencia, las víctimas del imperalismo conseguirán inevitablemente emanciparse del régimen internacional cuyas raíces han arraigado durante siglos en la esclavitud, las guerras y la injusticia.

"Dejó un partido que, como siempre esperé, estará unido a vosotros en la tarea histórica de la liberación final de China y de otras naciones explotadas por el régimen imperialista. Los malos quieren que deje inconclusa mi obra; la ponga en manos de quienes, por permanecer fieles a los principios y enseñanzas del partido, serán mis verdaderos continuadores".

El 12 de Marzo de 1925, Sun Yat-sen murió. Sus restos yacen hoy en un regio mausoleo, al pie de la Montaña Púrpura, en Nankín. En su frontispicio, se lee una frase suya: "El mundo es para todos". Chang Kai-shek erigió el mauso-

lo y se proclamó "sucesor" del Jie desaparecido.



El "sucesor" hablaba hermoseamente:

"Si el imperialismo no es eliminado del país, China perecerá como nación. Si China no p.vece, entonces el imperialismo no podrá perdurar".

Chang calificaba a los militares sirvientes del imperialismo como "perros guardianes". Con tales manifestaciones, afianzó su puesto como "sucesor" del Dr. Sun en el Kuomintang.

El 30 de Mayo de 1925, una manifestación de obreros y estudiantes fué masacrada en la calle Nankin de Shanghai por la policía inglesa, y la protesta se materializó en un paro general que se extendió a las principales ciudades del país. Las huelgas de Cantón y Hong Kong duraron meses. Las fuerzas revolucionarias ya eran poderosas en su organización. Unos 120,000 huelguistas abandonaron Hong Kong y reforzaron las filas revolucionarias en Cantón, donde se organizaba la llamada Expedición al Norte, verdadero ejército revolucionario encargado de combatir a los militaristas del Norte. Esta campaña militar, que contó con el más amplio respaldo popular, alcanzó una serie de victorias sobre las tropas reaccionarias, en las zonas del interior.

El Gobierno Revolucionario se instaló en Wuján. El Kuomintang contaba ya con cinco millones de afiliados. El Partido Comunista ascendió de 900 a 57,000 miembros, en cinco años. Las uniones campesinas agrupaban 9 diez millones, y los sindicatos a tres millones de obreros. Los comunistas integraban el Ejército Expedicionario al Norte y tenían fuerte ascendiente en las masas, pero su línea política era negativa. El dirigente comunista de entonces, el intelectual Chen Du-

...sua, mantenía una orientación vacilante y conformista frente a los sectores reaccionarios del Kuomintang. Ante las protestas de estos derechistas por el impetuoso desarrollo de las organizaciones campesinas, Chen ordenó frenar dicho movimiento, entrando en una línea de concesiones ilimitadas que él creía espaciaban a los derechistas, pero que en cambio los envalentonaba cada vez más. El "sucesor" Chang Kai-shek se encontraba entre los quejosos del ala derecha kuomintanista. Ya había hecho más de un intento para expulsar a los comunistas del seno del Kuomintang, sin alcanzar éxito, pero no cejaba en sus maniobras. El triunfo militar de la Expedición al Norte había creado prestigio, y él quería invertir adecuadamente ese capital político.

Chang sabía lo que hacía. Poco antes de la Expedición al Norte dijo:

"...La más perversa de las prácticas imperialistas en China es que, incluso cuando ellos mismos están en conflicto con nosotros, nunca llaman a sus propias tropas para zanjar sus diferencias con los chinos, sino que gastan su dinero con esas gentes ignorantes que van a sacrificarse por ellos... La fórmula clásica del imperialismo es hacer que los chinos luchen contra los chinos".

Así lo hicieron.

Los banqueros y grandes comerciantes intermediarios de Shanghai, se movilizaron en estrecho contacto con los diplomáticos imperialistas. No habiendo logrado derrotar al ejército revolucionario, había que comprar a su jefe, y establecieron acuerdos secretos con Chang Kai-shek. El presidente de la concesión anglo-norteamericana de Shanghai, Sir John Fessenden proporcionó 8.000 fusiles a las bandas del contrabandista de opio Du Yue-sheng, las que, en el momento oportuno atacaron a las brigadas obreras de Shanghai por la retaguardia. Por delante... atacaban los soldados de Chang.

El 12 de abril de 1927 fue la fecha de la gran traición del "sucesor". Centenares y miles de comunistas, revolucionarios e incluso kuomintanistas izquierdistas fueron asesinados en Cantón, Nankín, y en diversos otros lugares de China. El baño de sangre abarcó a cuanto dirigente sindical y campesino pudo ser atrapado, después de vencerse la resistencia armada de los grupos revolucionarios cogidos de sorpresa. El mismo hijo de Chen Du-siu, que se oponía a la política derechista-opportunista de su padre, pereció a manos de los esbirros kuomintanistas. Para ahorrar balas, los hombres de Chang idearon dos métodos: sumergir en las calderas de las locomotoras a los condenados, o atarlos a las líneas férreas y despedazarlos con los trenes.

Chang instaló su "Gobierno Nacional" en Nankín, conformándolo con lo más reaccionario de los dirigentes del Kuomintang y los jefes militares. Pero en Wuján existía el Gobierno legítimo, al cual Chang traicionaba. En Wuján estaba el "ala izquierda" del Kuomintang, que continuaba en alianza con los comunistas, y ordenó la destitución de Chang, declarándolo "un nuevo militarista, reaccionario y traidor". El Partido Comunista celebró su Quinto Congreso, analizó sus errores, señalando que éstos derivaban principalmente de no haber profundizado el contenido social de la revolución. Chen Du-siu aceptó la crítica, y no fue relevado de la dirección, pero continuó en su orientación derechista. Evidentemente lo suyo no se trataba de un error. Las autoridades kuomintanistas de Wuján, por su parte, estaban buscando afanosamente una salida que significara una componenda con Chang Kai-shek, especialmente el pretendido "izquierdista" Wang Ching-wei. El 15 de julio, imitando a Chang, organizó una manifestación de obreros, campesinos y estudiantes, expresando: "Más vale matar a miles de inocentes antes que se nos escape un solo comunista".

Indócil empresa. A lo largo de los años del cruel dominio kuomintanista, en la Colina de las Flores de Lluvia, en las afueras de Nankín, fueron sacrificados 150.000 mártires de la revolución. Sun Sin-chuan, Secretario del Partido Comunista en Nankín, antes de ser ejecutado, desafió a sus asesinos:

"Fuistadme. En mi lugar surgirán diez. Fuistad a los diez. En su lugar surgirán cien. Jamás podréis derrotar a todos los revolucionarios, que crecen por centenares de miles"

Extirpar a los comunistas resulta una tarea tan imposible como dividir las aguas con un golpe de sable. Tiempo tendrá Chang Kai-shek de convencerse de ello. Por un golpe traicionero había liquidado la primera de las Guerras Civiles Revolucionarias. Pero, mientras festejaba el "exterminio de los rojos", por las laderas de la Montaña Chiagang ascendían las tropas de Mao Tse-tung y Chu-deh y establecían una nueva base para la lucha revolucionaria, en el campo. Comenzaba la Segunda Guerra Civil Revolucionaria.

En la zona fronteriza de dos provincias —Hunan y Kiangsi—, se instala el primer gobierno comunista de China.

"El fenómeno de que dentro de un país existan una o varias zonas bajo el poder político rojo, durante mucho tiempo y en medio de un cerco del poder político blanco, es un fenómeno que no se ha encontrado en ninguna otra parte del mundo" —dice Mao Tse-tung. Y analiza sus características:

Tal fenómeno —explica— sólo puede darse en un país económicamente atrasado, semicolonial, como lo era China entonces, sometido indirectamente al dominio imperialista. Pero su éxito depende de que exista en ese país otra circunstancia: la lucha entre diversas camarillas reaccionarias. Esta peculiaridad se dió en China, debido al carácter local de su economía agrícola, y a la existencia de "zonas de influencia" con las cuales el imperialismo había dividido al país. Las re-

giones donde este poder rojo surgió eran solamente las que habían tenido honda influencia de la revolución democrática, y donde las masas estaban movilizadas y organizadas. El Kuomintang se había hecho fuerte en su control terrorista en las ciudades. Su flaco era el campo, y en él debía fructificar el poder rojo. La duración o mantenimiento de estas zonas rojas dependería del desarrollo del movimiento revolucionario en general. Un Ejército Rojo era imprescindible, no una simple fuerza guerrillera, que entablara luchas locales, sino una verdadera fuerza armada regular, capaz de librar una guerra prolongada, de movimiento. Para lograr todo esto, era imprescindible un Partido Comunista sólidamente organizado, que no cometiera errores políticos.

Chen Du-siu había sido destituido. El rechazo a su orientación derechista-oportunista fermentó en muchos comunistas una reacción adversa a las alianzas con la burguesía, desarrollándose en ellos un espíritu sectario y "putschista". El Sexto Congreso comunista condenó la línea de Chen Du-siu y este aventurerismo "izquierdista", pero falló en su apreciación del carácter prolongado de la lucha que se acercaba, y en la necesidad de trasladar el centro de las acciones revolucionarias a las zonas rurales. Al amparo de estas deficiencias, la línea "izquierdista" siguió desarrollándose.

Hasta 1930 las bases revolucionarias se desarrollaron y multiplicaron en las provincias de Fuchián, Anjuí, Jonán, Shenai, Gansú y en la isla de Jai nan. El Ejército Rojo tenía ya 60.000 soldados.

Chang Kai-shek creyó llegado el momento de aplastar a sus enemigos mortales, y lanzó una ofensiva "de cerco y aniquilamiento". Le garantizaban el triunfo sus asesores militares alemanes: von Falkenhausen, von Seeckt, Bauer y 100.000 soldados perfectamente armados y entrenados "Plunder", es el término que emplea Mao para caracterizar el tipo

de guerra que les ofreció. Atacó con todas sus fuerzas a las divisiones enemigas que avanzaban separadamente, estrechando el cerco. Derrotó una tras otra a la mitad de ellas y burló a las demás, rompiendo el cerco. En 30 días terminó todo.

En Febrero de 1931, Chang lanzó su Segunda Campaña, con 300.000 hombres comandados por Ho Ying-ching, quien practicaba el sistema de "tierra arrasada": matar a todos, incendiar todo, destruir todo. Sólo consiguió acrecentar el odio de los campesinos contra el Kuomintang, pues, como resume Mao: "en quince días cubrimos a pie una distancia de setecientos li, libramos cinco batallas, capturamos más de veinte mil rifles y aplastamos la campaña..."

En Julio del mismo año, Chang comenzó la tercera Campaña. Adjudicando las derrotas anteriores a sus generales, tomó el mando en persona, se proveyó de consejeros militares ingleses, japoneses y alemanes y avanzó con 300.000 soldados. Mao ocurrió sus fatigadas tropas entre las filas de sus atacantes, logró mes y medio de descanso en tanto que las divisiones de Chang se agotaban. Las atacó y derrotó parcialmente, dejando retroceder a las otras. Chang no estuvo un momento cerca de la línea de combate y regresó alicaído. Sus asesores ingleses debieron comentar flemáticamente que esta guerra, en verdad, era un "shadow boxing". Los comunistas ganaron a 100.000 soldados de Chang, que se sublevaron en Ningtu, uniéndose al Ejército Rojo.

Entre Junio de 1932 y Febrero de 1933, el emperador Chang desarrolló su Cuarta Campaña, con medio millón de soldados. Mao comenzó aniquilando las divisiones del ala occidental una tras otra, en dos batallas. Lo que restaba de medio millón, se retiró.

Chang y sus asesores militares extranjeros fracasaron, porque no comprendieron el tipo de guerra que los comunistas libraban contra ellos, ni la clase de soldado que habían

educado para llevarla a cabo. Ni podía saber que los guerreros rojos marchaban cantando los principios de la estrategia militar, convertida por Liu Po-cheng en letra de canciones populares:

Quien cuida los hombres y pierde la tierra,
podrá hoy o mañana vencer en la guerra.
Quien la tierra quiere más que al ser humano,
perderá algún día una y otra mano.

Este ejército de obreros y campesinos, marchaba cultizando a la vez. El soldado de adelante, llevaba prendido en su espalda un cartel con algunos jeroglíficos que él que iba detrás suyo iba grabando en su mente y acrecentando así su conocimiento. El Ejército Rojo observaba además un riguroso código de conducta en sus relaciones con la población civil, que le granjearon las simpatías generales. Una comisión de la Universidad de Uchang que viajó por los territorios donde se libraba la guerra civil, relata que en una aldea mantuvieron con los campesinos este diálogo:

- ¿Estuvieron aquí los bandidos?
- No, no. Aquí no llegaron nunca bandidos.
- Pero... ¿no estuvo aquí el Ejército Rojo?
- Sí, sí. Hace un mes el Ejército Rojo pasó por aquí.



Desde que se agruparon en la montaña Chingrene, las fuerzas armadas rojas adoptaron cuatro consignas rectoras de sus métodos de combate:

- Cuando el enemigo avanza, nosotros retrocedemos.
- Cuando el enemigo acampa, nosotros lo hostilizamos.
- Cuando el enemigo cierra la batalla, nosotros lo atacamos.
- Cuando el enemigo se bate en retirada, nosotros lo perseguimos.

"Cada vez que el ejército comunista se alejó de ellas —dice Mao— por lo general sufrió derrotas... La táctica crucial era concertar sus principales fuerzas para poder atacar y dispersarse después. Esto quiere decir que era preciso evitar la guerra de posiciones y esforzarse por encontrar las fuerzas vivas del enemigo para destruirlas, cuando estuviesen en movimiento".

La Quinta Campaña de Chang, iniciada en Octubre de 1933 con un millón de soldados, encontró sin embargo al Ejército Rojo realizando una guerra defensiva, renunciando a su movilidad e iniciativa. Tampoco concertaron alianza con Tseí Ting-kai, quien se había sublevado contra Chang en Fukien.

Para explicarnos esto, debemos hacer una digresión acerca de la orientación política del Partido Comunista Chinés. El nuevo dirigente Li Li-san, implantó una línea "izquierdista" sectaria. Creía que la revolución estaba próxima al triunfo, y deseaba atacar las grandes ciudades, ordenando levantamientos armados en ellas, que fueron ahogados en sangre por las fuerzas reaccionarias. El Partido perdió casi el total de sus efectivos en las ciudades, y sufrió grandes perjuicios en sus fuerzas armadas y organismos rurales. Li fue destituido de la Secretaría General, pero posteriormente otro grupo aún más sectario y extremista, dirigido por Wang Ming, tomó la dirección. Wang menospreciaba a las fuerzas intermedias de la revolución superestimaba el peso del capitalismo en la economía china, insistía en la lucha contra los capitalistas y campesinos ricos, involucrando a éstos últimos en un mismo fardo con los terratenientes feudales, preconizaba la "revolución socialista" negando la etapa democrática burguesa y exigía un "levantamiento revolucionario". Mao Tse-tung, por sus concepciones, era clasificado entre los "partidarios de los campesinos ricos" y como "oportunista de derecha". Más tar-

de fue despedido de su cargo dirigente en el Comité Militar del Ejército Rojo.

Seguendo esta línea, las tropas kuanministas fueron recibidas con una guerra de posiciones y no de movimiento. El sectorismo negó toda importancia al movimiento de Tsai Ting-shai, despreciando una alianza con sus fuerzas, contra Chang Kai-shek. El resultado fue que el cerco enemigo no pudo ser quebrado esta vez. Chang parecía obtener triunfo militar pero ahora veremos cómo su política traicionera y antipopular llevó su aparente victoria en el terreno de las armas, como ejemplo de que una acertada política tiene que coincidir con una justa acción de armas y viceversa, experiencia válida también para el Ejército Rojo.

Mientras Chang lanzaba sus ofensivas contra los comunistas el Japón inició la invasión de la Manchuria (Septiembre de 1931). Ocupó todo el Noroeste del país, y en Enero de 1932 atacó Shanghai. El XIX Ejército de Chang ofreció heroica resistencia a los japoneses, retirándose después de esperar inútilmente refuerzos y municiones que Chang nunca envió. Pero aún su actuación sembró a los restos del XIX Ejército, como castigo por su acto de resistencia antijaponesa. Chang sólo tenía un enemigo: los comunistas, y no le importaba que el Japón ocupara un territorio poblado por 40 millones de chinos, efectuando el desmembramiento más gigantesco sufrido por China en toda su historia. Japón se había apoderado con este territorio, del 75% de las fundiciones, el 21% del mineral de hierro, el 93% de las refinerías de petróleo, el 41% de los ferrocarriles, etc., provocando tremenda conmoción en el país. Las capas superiores de la pequeña burguesía y de la burguesía nacional, que habían abandonado la revolución en 1927, cambiaron nuevamente de actitud, demandando de Chang una nueva política frente a la provocación japonesa.

El 7 de Noviembre de 1931 se instala en Kiangai el Primer Congreso de los Soviets de China. En él estaba representada una población de 80 millones residente en 300 distritos. Se aprobó una Constitución, una ley agraria y una ley de trabajo, además de otras muchas resoluciones revolucionarias. Se instaló un Gobierno Provisional, eligiéndose Presidente a Mao Tse Tung. Chu-deh fué nombrado Comandante Supremo del Ejército Rojo de toda China, unificándose así el mando político y militar de las diversas regiones soviéticas.

En Febrero de 1932, la República Soviética China declara la guerra al Japón. El kuomintanista "de izquierda" de Wusan, Wang Ching-wei se convierte en jefe de un gobierno que creó por el Japón en Manchuria: el "Manchukuo". El Partido Comunista Chino lanza un llamamiento a formar el frente unido antijaponés, en defensa de la integridad de China, y por el cese de la guerra civil. Chang entabla negociaciones con el Japón y concede todo lo que los nipones exigen. Era evidente su decisión de continuar su política de "guerra sólo a los comunistas". En Enero de 1934, se reúne el Segundo Congreso de los Soviets de China. Y es en este período, cuando se desarrolla la Quinta Campaña de cerco anticomunista.

Todo parecía perdido. Mao propone entonces romper el cerco de Chang Kai shek, cruzar el país hacia el Norte, al encuentro de los invasores japoneses. Unía así la salida a la crítica situación militar, con la materialización de la guerra antijaponesa declarada por el Gobierno Soviético chino. Hasta entonces, las tropas de Chang se hallaban entre el Ejército Rojo y el invasor extranjero. Ahora, Mao lleva sus fuerzas a través de los ejércitos kuomintanistas, primero al Oeste y luego al Norte.

Se inicia la "Gran Marcha" con 300.000 combatientes. Mao lo relata escuetamente:

"Enfrentando siempre mayores dificultades al avanzar"

todo los ríos más grandes, más profundos, más peligrosos de China, cruzando los pasos de las montañas más altas y peligrosas a través de las más inhospitalarias regiones, las estepas desérticas, el frío o el calor intenso, el viento, la nieve y las tempestades, perseguido por la mitad de los ejércitos de China, atravesando todos los obstáculos naturales y abriendo-se paso a través de las tropas de Kwantung, de Hunan, de Szechuan, de Kansú y de Shensi, el ejército comunista llegó por fin a Shensi del Norte en Octubre de 1935.

La "Gran Marcha" dura un año. Recorren 25.000 kilómetros—doce mil kilómetros— y llegan a la meta 20.000 hombres. Han tenido que librar más de 200 combates, cruzar 18 cadenas de montañas, atravesar 24 ríos torrentosos, 62 ciudades de 12 provincias, andrajones —y descalzos, alimentándose muchas veces sólo de algunos puñados de trigo, yerbas o raíces. Por donde van, hacen justicia con los señores feudales, difunden entre los campesinos su ideología, y les reparten las tierras de sus opresores. El código de conducta es más que nunca observado. Las tropas no se llevan ni una brizna de paja de la población civil, sin pagarla. El Ejército Rojo marcha, combate y siembra las semillas de la revolución por toda China, de Sur a Norte, de Este a Oeste. En Daunyi, una reunión del Comité Central del Partido Comunista destituye a los "inquierdistas" y elige a Mao como Secretario General.

Yennan es la nueva base revolucionaria, capital del Gobierno Soviético Chino. La aviación de Chang bombardea constantemente, y los comunistas cavan profundas cuevas en las laderas rocosas del valle. En ellas viven, trabajan y estudian. Crean universidades de marxismo y de cursos técnicos, fábricas de armas y municiones, de herramientas y aperos agrícolas. En Yennan, entre dos bombardeos o entre dos jornadas de trabajo, los comunistas se reúnen en un forum para discutir los problemas de la literatura y el arte, donde

Mao Tse-tung —artista y poeta por méritos propios—, ingeniero y científico. De todo el país y del extranjero también, arriban a Yennan campesinos y estudiantes, obreros y artistas que llegan ansiosos de entregarse a la causa de la revolución y participar en la guerra antijaponesa.

Mao habla en Wayaopao sobre la táctica de la lucha contra el imperialismo japonés:

"¿Qué diferencia existe entre la situación actual y la de 1927, cuando Chang Kai-shek traicionó a la revolución? En aquella época China era una semicolonias, pero ahora marcha hacia una situación de colonia. En los últimos nueve años la burguesía nacional abandonó a su aliado, la clase obrera, y trató amistad con las clases terrateniente y compradoras. ¿Pero han conseguido alguna ventaja con ello? Ninguna; lo que han logrado es la bancarrota o la semibancarrota de la industria y el comercio nativos. Por lo tanto creemos que en la situación actual puede cambiar la actitud de la burguesía nacional..."

"La tarea de derribar el imperialismo japonés y las fuerzas contrarrevolucionarias chinas no puede realizarse en un día, de modo que debemos prepararnos a dedicarle mucho tiempo. Ni puede realizarse por medio de fuerzas pequeñas, por lo que tenemos que acumular grandes fuerzas..."

"...la táctica del frente unido y la del sectarismo de puertas cerradas se oponen diametralmente entre sí. Una consiste en acumular grandes fuerzas a fin de rodear a nuestros enemigos y aniquilarlos. La otra se basa en un solo frente para librar una lucha desesperada contra un formidable enemigo".

Mao plantea también un cambio en la República Soviética China de obreros y campesinos, transformándola en república popular:

"Nuestro gobierno no representa sólo a los obreros

y campesinos, sino a toda la nación..... Ello se debe a que la invasión japonesa ha alterado las relaciones de clases en China, y ahora no sólo es posible que se una a la lucha anti-japonesa la pequeña burguesía, sino también la burguesía nacional".

"Las fuerzas motrices de la revolución siguen siendo, en lo esencial, los obreros, los campesinos y la pequeña burguesía nacional".

"Ya no estaremos aislados. Esa es la condición esencial para que China alcance la victoria en su Guerra Antijaponesa y en su revolución".

La situación ha variado, ciertamente. Y mucho. El joven Mariscal Chang Sue-liang recibe la orden de Chang Kai-shek de atacar la provincia roja de Shenai. Sus vacilaciones obligan al déspota a dirigirse a Sian, donde se halla el Mariscal. Este lo aprueba y decide entregarlo a los comunistas. Chang considera sus horas contadas. Llega a Sian Chou En-tai, y le plantea las exigencias del Partido Comunista: le devuelven la libertad y reconocen su mando, si Chang cesa la guerra civil, encabeza la Guerra Antijaponesa y acepta el frente único para llevarla a feliz término.

Chang se convierte de inmediato en "patriota", y acepta. Cree haber ganado mucho a cambio de nada o casi nada. No comprende la política de los comunistas, ni se apercebe que con este gesto, todo el país, que ansía luchar contra el invasor, los admira y aplaude. Para éstos, lo esencial no era ajustarle las cuentas a Chang, sino derrotar al Japón. Para Chang, lo fundamental era salvar el pellejo y tener una nueva oportunidad de liquidar a los comunistas más tarde. Mientras, cumple su promesa: da orden de "resistir al Japón".

El 7 de Julio de 1937, las tropas japonesas que avanzan sobre Pekín, en Lukouchiao —el "puente de Marco Polo"—, encuentran encarnizada resistencia del ejército chino. La Se-

granda Guerra Civil Revolucionaria ha terminada, y comienza la Guerra Antijaponesa.



Los comunistas hacen múltiples concesiones a Chang Kai-shek, el "generalísimo". Suspenden su política de confiscación y distribución de las propiedades de los terratenientes, planteando únicamente la reducción de la renta agraria. Eliminaron la nominación de la República Soviética china, y la del Ejército Rojo, que en adelante se llamará Octavo Ejército de Ruta y Nuevo Cuarto Ejército, bajo el comando de Chang. Esto manifiesta públicamente que tales medidas "constituyen un ejemplo sobresaliente del triunfo de los sentimientos nacionales sobre cualquier otra consideración".

Los comunistas combaten en primera fila contra los japoneses. Chang se cree muy listo dejándolos morir en defensa de China, mientras él calcula el momento en que se hayan desgastado lo suficiente, para atacarles sorpresivamente. Sus tropas rumoneaban y combatían sólo cuando era necesario hacerlo para mantener la impresión de que el generalísimo Chang Kai-shek era el abanderado de la lucha contra el invasor japonés. En verdad, Chang no declaró la guerra al Japón, hasta dos días después del traicionero ataque japonés a Pearl Harbour, en diciembre de 1941. Recién cuando sus ejércitos norteamericanos fueron agredidos, el generalísimo reaccionó "patrióticamente".

"El camarada Mao —dice Ju Chiao Mu— señaló que existían dos líneas opuestas en la Guerra de Resistencia: la línea de los grandes terratenientes y la gran burguesía, representadas por Chang Kai-shek; y la línea del proletariado de todo el pueblo chino, representadas por el Partido Comunista".

Surgió en algunos comunistas la idea de que "todo debe hacerse a través del frente único", lo que hubiera significado ir a la trastra de Chang y su camarilla reaccionaria. El antiguo "izquierdista" Wang Ming era uno de los que postulaban tal línea derechista. Mao refutó esta posición, sosteniendo el principio de la "autonomía en el seno del frente único", calificando la posición contraria como capitulacionista. Los comunistas chinos mantuvieron la línea de "unidad e independencia a la vez". Por ello se opusieron a la maniobra de Chang de "reorganizar" el octavo y el cuarto Ejércitos, no permitiendo que trasladara a sus comandantes y oficiales. El antiguo Ejército Rojo mantuvo su composición inicial, desde el comando hasta el último soldado.

Para 1940 las tropas de los Ejércitos comunistas llegaban a medio millón, y habían liberado grandes zonas de territorio con unos cien millones de habitantes. Las guerrillas comunistas menudeaban. De 40.000 militantes en 1937, el Partido Comunista ascendió a 800.000 en 1940. El ejército de Chang se había retirado de Cantón y Wuján, pero las guerrillas de retaguardia eran una seria amenaza para los japoneses, que buscaron un entendimiento con el generalísimo. Los comunistas, alertas lanzaron la consigna: "Perseverar en la Guerra de Resistencia, oponerse a la capitulación; mantener la unidad y oponerse a las divisiones; avanzar y no retroceder".

Al comenzar la segunda guerra mundial en 1939, Estados Unidos calculó que para evitar la alianza de Japón con Alemania e Italia, debía entregarle China, y presionó la capitulación kuomintangista. Esto hacía imprescindible apelar a los comunistas. Chang lanzó entonces una campaña anticomunista. Sus tropas atacaron la región fronteriza roja, liben el Condado-Ninesia, y al Octavo Ejército. Los comunistas respondieron enérgicamente rechazando a los atacantes, pero

sin proseguir la lucha. Incluso devolvieron al Kuomintang los prisioneros y las armas que les capturaron, exigiendo proseguir la guerra contra el Japón.

En enero de 1941, Chang inició una nueva campaña anticomunista, ordenando al Nuevo Cuartito Ejército trasladarse a la ribera norte del Yangtsé. Estando en marcha las tropas, fueron atacadas por 20.000 soldados de Chang Kai-shek y sufrieron grandes bajas. El comandante Ye Ting cayó prisionero. Chang ordenó suprimir la denominación de Cuartito Ejército, acusando a los comunistas de complotar. El Partido Comunista denunció esta maniobra como parte del plan de los reaccionarios kuomintangistas tendiente a lograr la capitulación ante el Japón. Militarmente el golpe fue desastroso. La nueva campaña anticomunista fracasó ruidosamente.

Los norteamericanos, al entrar en guerra con el Japón, variaron el panorama interno en China. Empezaron a presionar a Chang, interesados en derrotar a su agresor. Chang, no pocas veces pasó parte de estos presiones a las tropas japonesas, bajo el compromiso de que las usarían contra los comunistas. El general americano Joseph Stilwell llegó a China. Chang habla de él en éstos términos:

"Stilwell era una de las personas influidas por la propaganda de los comunistas norteamericanos y sus simpatizantes, que describían a los comunistas chinos como demócratas y patriotas y me difamaban presentándose como fascista fanático y reaccionario. Me pidió (Stilwell) que reculara a las tropas del gobierno y las de los rojos sobre una base inestable, para lanzar éstas al combate y, al mismo tiempo, emplear contra los ejércitos japoneses a las fuerzas del gobierno inmovilizadas entonces por la constante amenaza comunista de rebelión".

Stilwell, por su parte, no se quedó corto en calificar

a Chiang y a su gobierno:

"Una banda de apaches con sólo una idea: seguir en el pueblo, el oro y su sistema. Los jefes no piensan más que en el dinero, en el poder, en el arrebato. Intrigas, manejos subterráneos, informes falsos. Los manos prontas a apoderarse de todo cuanto puedan atrapar. El único pensamiento: dejar que los demás se destruyan. La cobardía, en toda su demencia... el fraude antes que el deber..."

En 1943, el Alto Comando Japonés en China decía en un Memorandum:

"El enemigo está constituido en su mayor parte por tropas del Partido Comunista Chino, que se diferencian substancialmente de las tropas de Chang Kai-shek. Este año han llevado a cabo 15.000 acciones de guerra. Las acciones de guerra contra las tropas comunistas chinas son el 75% del total de las acciones; de dos millones de soldados que se nos oponen, la mitad son comunistas... sin embargo, de los prisioneros que hemos capturado (74.000) sólo el 15% son soldados del Partido Comunista..."

Los japoneses exageraban: recién en 1945 los comunistas llegaron a tener 800.000 soldados. Ese año terminó la Guerra Antijaponesa. Las tropas niponas recibieron la orden de rendirse... exclusivamente a las tropas de Chang. Para poder recibir esta rendición, los aviones y barcos norteamericanos trasladaron al ejército del generalísimo hasta lo que fué la línea de combate. Los norteamericanos —Stilwell no estaba ya entre ellos— y la camarilla kuomintangista, preparaban ya la Tercera Guerra Civil. Ellos confiaban que sería la última. Y en esto, no se equivocaban.



Poco antes de terminar la guerra mundial, los comu-

nistas chinos se reúnen en su Séptimo Congreso (Yennan, abril de 1945.) En él están representados 1'210.000 miembros. Los delegados escuchan el histórico informe de Mao "Sobre el Gobierno de Coalición":

"La principal camarilla gobernante del Kuomintang ha persistido en su régimen dictatorial y desarrollado una política de resistencia pasiva ante el Japón, y de política interna antipopular".

"...dicha camarilla representa los intereses de los grandes terratenientes, grandes banqueros y grandes compradores de China".

Mao Tse-tung plantea las dos perspectivas del pueblo chino: o continuar sometido al régimen brutal fascista de la camarilla de Chang, lo que al final determinaría una nueva guerra civil, o: abolir el régimen kuomintanista, instaurando un gobierno de coalición democrática.

El representante norteamericano Patrick Hurley manifestó públicamente que su país trataría exclusivamente con Chang y no con los comunistas. El generalísimo se sentía seguro con respaldo tan poderoso. En estos años había acrecentado inmensamente su fortuna y el de las otras tres familias que, con la suya, constituían el bloque del capital burocrático: Sung Dae-wen, Kung Siang-si y Chen Li-fu. En 1945, estos cuatro personajes poseían veinte mil millones de dólares norteamericanos. Estaban, pues, ansiosos por lanzar a China a una nueva guerra civil que terminara con los comunistas y asegurara su futuro.

Se realizaron conversaciones entre Mao y Chang, en Chungching, llegando a diversos acuerdos para preservar la paz interna. El generalísimo los aceptaba mientras ganaba tiempo y se pretrechaba. Todo el armamento japonés estaba en manos de sus tropas, y los norteamericanos seguían enviándole el suyo, y adiestrando a las fuerzas kuomintanistas. En

enero de 1946 Chang convocó una Conferencia Consultiva Política, donde sus partidarios tenían segura la mayoría aplastante de votos. Siguiendo la fama "pacifista", el general Marshall llegó a China como "mediador", pero en realidad como consejero máximo del generalísimo. En julio de ese año, la Tercera Guerra Civil fue iniciada con violentas ofensivas kuomintanistas. Las fuerzas comunistas retrocedieron sin mayor interés en defender las ciudades. En cambio, no desperdiciaban oportunidad en destruir los contingentes armados de Chang. Realizaban una estrategia defensiva y de desgaste. La superioridad numérica de su enemigo era notable: más de cuatro millones de soldados contra algo más de un millón del Ejército Popular de Liberación, nombre que adoptaron el Octavo y Cuarto Ejércitos. Los comunistas no poseían aviones, ni tanques, y su artillería era escasa. Todo esto le sobraba al Kuomintang. En cuatro meses este ocupó 166 ciudades y aldeas, pero perdió 300.000 hombres. Los comunistas seguían cediendo terreno. En marzo de 1947, cayó la capital roja, Yennan. Chang anuncia al mundo, ufano, que los "bandidos comunistas" estaban en fuga, y era cuestión de días exterminarlos.

No se fijaba que cada metro de terreno conquistado le costaba caro, en pérdidas humanas especialmente. No tenía en cuenta que el pueblo lo era profundamente hostil, y que su ejército creaba centros fortificados y dejaba guarniciones en cada lugar conquistado. Mientras más terreno tomaba, el ejército de Chiang era más disperso y reducido por estas razones. Los comunistas, en cambio combatían con las espaldas seguras, y desarrollando las fuerzas guerrilleras en la retaguardia kuomintanista, creaban el caos en sus filas. Después de la toma de Yennan, el Kuomintang tuvo que reducir sus ofensivas generales a simples ofensivas "concentradas" sobre determinadas zonas. En Julio de 1947, el Ejército Popular

comienza a tomar la ofensiva en la región Shansi-Jóbei-Shan-dung-Jordán.

"La superioridad militar del enemigo y la ayuda norteamericana son temporales —decían los dirigentes comunistas— en tanto que los efectos del carácter de esta guerra injusta y la actitud hostil del pueblo a ella, son constantes".

Los marxistas no son clarividentes. Son simplemente marxistas, y esto les permite anticipar los hechos.

En Octubre de 1944, los comunistas declararon que los objetivos de esta guerra que se veían obligados a librar, consistían para ellos, en la confiscación de la tierra de los feudales y su distribución entre los campesinos, la confiscación del capital burocrático y su transformación en capital estatal de la nueva democracia, y la protección al comercio y a la industria nacionales.

En 1948, la ofensiva de las tropas populares se hizo incontenible. La campaña Liaoning-Shenyang entre Septiembre y Noviembre, liberó todo el nordeste, aplastando a 472.000 soldados del Kuomintang. La campaña de Hualjal, de Noviembre de 1948 a Enero de 1949, puso fuera de combate a 555.000 "nacionalistas". Simultáneamente el Ejército Popular lanzó su ofensiva en la región septentrional, para liberar Tientsin y Pekín. Esta última ciudad cayó sin disparar un tiro.

Tal vez en la historia militar del mundo, el Ejército Popular de Liberación de China, sea el único que combate perseguiéndose con el armamento enemigo y reforzando sus filas con los contrarios apresados.

—A cada soldado del Kuomintang que tomábamos prisionero —explican los comunistas chinos— le explicábamos la situación del país, las características de esta guerra y nuestros objetivos. Luego le dábamos a elegir: o se unía a nosotros, o se marchaba a su pueblo. Muchos aceptaban quedarse en nuestras filas. En general los soldados kuomintanistas te-

nian un buen adiestramiento militar. Los norteamericanos nos ayudaron mucho adiestrando bien a las tropas de Chiang. Sólo nos faltaba darle el adiestramiento político, y se convertían en magníficos soldados populares. Los que preferían irse a su pueblo recibían de nosotros dinero para el camino, y los despedíamos. Pero sucedía frecuentemente que el soldado, no tardaba mucho en llegar a su aldea, cuando los kuomintanistas en una nueva redada de reclutamiento, le volvían a encontrar un uniforme y darle un nuevo fusil. Pero el soldadito ya sabía a qué atenerse. En el primer encuentro, se nos rendía otra vez, y teníamos un fusil más. Estos casos han sucedido tres o cuatro veces con muchos. Las tropas kuomintanistas no tenían fe en su causa, ¿cómo podían combatir hasta la muerte?...

A comienzos de 1949, Chang y sus consejeros yanquis resolvieron ganar un respiro, y hablaron de paz. El generalísimo fingió retirarse de la vida política, dejando el mando a Li Tsung-yen. Los comunistas aceptaron conversar de paz. Tras muchas demoras, los kuomintanistas se negaron a todo entendimiento, evidenciando su maniobra.

En consecuencia, el 10 de abril, el Ejército Popular de Liberación reinició su ofensiva hacia el sur y el noroeste. Dos días después Nankín, la capital de Chang caía y, sucesivamente, Taiyuán, Janchow, Ji-n, Shanghai, Canton, Chung-chin, etc. Los comunistas tomaban ahora las ciudades de las cuales la traición de Chang y el poderío militar revolucionario los arrojaron en 1927. En el sur se formó un Comité Revolucionario. Este, disputando con el "presidente" Li Tsung-yen, que intentaba tomar en serio su cargo, huyó a Taiwán, en tanto que su rival lo hacía en dirección a la colonia inglesa de Hong Kong y posteriormente a Estados Unidos. Chang, hasta hoy permanece en Taiwán ("Formosa"), anunciando su retorno

a China continental. Una biografía oficial de hace años se titula "Chang Kai-shek, el Napoleón de Asia". Bastante acertado el nombre: este "Napoleón", sin ocasión para otros cien días, tiene una isla que será su Eiba y su Santa Elena a la vez.

El Primero de Octubre de 1949, en Pekín, se fundó la República Popular China, con Mao Tse-tung como Presidente. El Programa Común aprobado por la Conferencia Política Consultiva del Pueblo Chino, con intervención de todos los partidos y fuerzas democráticas y populares de China, dice:

"La República Popular China es un Estado de nueva democracia, es decir, de democracia popular. Realiza la dictadura democrática popular dirigida por la clase obrera, basada en la alianza de los obreros y campesinos, que unifica a todas las clases democráticas y a todas las nacionalidades de China. Se opone al imperialismo, al feudalismo y al capitalismo burocrático y lucha por la independencia, la democracia, la paz, la unidad y por la edificación de una China próspera y fuerte".

La chispa había encendido la pradera. Bajo su resplandor surgía la República Popular.

CAPITULO IX

Las "horribles" comunas

No sólo somos capaces de destruir el viejo mundo, sino que lo somos también de construir un nuevo mundo.

Mao Tse-tung

Luo Chen-jao, es breve y conciso. Tiene la parquedad del campesino:

—Soy hijo de campesinos pobres. Cuando tenía ocho años, perdí a mi padre. Al cumplir los doce, vi matar a pedradas a mi madre, por orden del terrateniente. Mi hermana entonces tenía nueve años, y mi hermano seis. Quedamos solos. Todos éramos analfabetos. Mi suerte fué conocer al Partido. El me ayudó, me educó y orientó. Al liberar al pueblo, me liberó también a mí. Hoy mi hermana es trabajadora de vanguardia en la producción ganadera y mi hermano estudia en la escuela secundaria. Yo estoy casado y tengo tres

hijos. Pero mi vida no tiene nada de particular. Casos como el mío son frecuentes. El ochenta por ciento de los miembros de esta Comuna Popular fueron también campesinos pobres, víctimas de los terratenientes. Hoy ya no existen campesinos pobres...

Quien hablaba de su vida, tras muchos requerimientos nuestros, era un pequeño y reposado joven de 25 años de edad apenas, lo que no le impedía ser ya Secretario del Equipo de Producción de Té, de la "Comuna Popular del Lago del Oeste". Estábamos en Janchow, en las colinas cercanas a dicho lago, rodeados de uno de los paisajes más deslumbrantes de belleza, y sin embargo, aquí también habían sucedido escenas sangrientas protagonizadas por los señores feudales. Ellos, como los campesinos pobres, pertenecen al pasado. La reforma agraria terminó con explotadores y explotados.



Antes de la Liberación, China era un país predominantemente agrario. Pese a esta característica, la producción agrícola no bastaba para alimentar a su población. Y si se tiene en cuenta que el terrateniente se apropiaba del 70% o más de las cosechas, y que cobraba intereses hasta del 300% por los préstamos de semillas o dinero a los campesinos pobres, puede calcularse aproximadamente la situación de espantosa miseria en que tan cruel explotación sumía a las masas campesinas. Los terratenientes y campesinos ricos poseían el 70% de las tierras cultivadas, constituyendo ellos solamente el 10% de la población. Los hogares campesinos carecían de lo más elemental. Tener más de una frazada o más de un pantalón, resultaba un lujo. Las prendas de vestir se heredaban, generación tras generación, hasta caerse literalmente a pedazos.

—En Siam —cuenta el dirigente Li Chu-Li— la población disminuía velozmente. Si la Liberación hubiera demorado veinte años más, habríamos encontrado esta región despoblada. ¡A tal grado inhumano de existencia estaban sometidos sus habitantes...!

Conquistar las masas campesinas fue tarea primordial de la Revolución. Esto no lo comprendieron algunos dirigentes durante la Primera Guerra Civil, y Mao, terca pero inteligentemente insistió en apoyar al movimiento campesino. La Segunda Guerra Civil por sus características, fue una verdadera guerra campesina. Las masas del campo nutrieron las filas del Ejército Rojo y también le sirvieron de sostén, vigías y reservas. En la Tercera Guerra Civil mientras la aviación de Chang bombardeaba las carreteras y puentes creyendo con ello cortar las vías de aprovisionamiento del Ejército Popular de Liberación, por valles y laderas, cruzando ríos torrentosos, millares y decenas de millares de campesinos portaban en sus espaldas las provisiones y municiones para los comunistas, en tanto que otros millares de ellos se lanzaban a los montes tras las líneas enemigas, a incorporarse a los grupos guerrilleros. El triunfo de la Liberación fue consecuencia directa de la conquista de las masas campesinas.

La Reforma Agraria concluyó con la secular explotación de los terratenientes. Aprobada la Ley en Junio de 1950, fue aplicada en todo el país, con excepción del territorio del Tibet. Esta ley afectó principalmente a los terratenientes, dejando en salvo la economía de los campesinos ricos, sistema que contribuyó a mantener el entusiasmo y el nivel de producción de los campesinos medios.

Pero toda reforma agraria, crea condiciones para el desarrollo capitalista, y este no era el camino y la orientación de la Reforma Agraria china, encaminada hacia la construcción del socialismo. Por ello, dióse paso al desarrollo de un

vasto movimiento de cooperativización agrícola.

En China ya había experiencias al respecto. Dice Mao:
"Antes ya de la proclamación de la República Popular China, a lo largo de veintidós años de guerras revolucionarias nuestro Partido adquirió experiencia en la obra de dirigir a los campesinos al proceder, una vez aplicada la reforma agraria, a la creación de organizaciones agrícolas de ayuda mutua en la producción, que contenían rudimentos de socialismo".

En Diciembre de 1951 el Comité Central del Partido Comunista Chino elaboró el proyecto de primera resolución sobre la cooperación y la ayuda mutua en la agricultura, aplicándolo como experimentación, en algunos lugares, formando unas 300 cooperativas. Para 1953, éstas ascendían a 14.000. El Comité Central en sucesivas resoluciones, aumentó el número de cooperativas, las que en 1955 eran ya 650.000. La mayoría de ellas tenían un promedio de 26 familias, existiendo un número menor de grandes cooperativas, con 70 u 80 familias. También se crearon haciendas socialistas del Estado, que en 1957 eran 3.638, cultivando casi 17 millones de mus de tierras (el mu equivale a la quinceava parte de una hectárea).

En estas cooperativas se fundieron 110 millones de haciendas individuales, y los múltiples problemas técnicos que este cambio acarrea, fueron en general, satisfactoriamente resueltos. Naturalmente, hubo buen número de campesinos que rehusaron entrar al movimiento cooperativista, pero las ventajas del sistema los fueron convenciendo. El ingreso, léngase en cuenta, fué un acto voluntario, no forzado, y él se realizaba a medida que eran abandonados los viejos hábitos individualistas y egoístas de la mentalidad atrasada de ciertos sectores campesinos.

Hablando en una reunión de dirigentes comunistas, en Julio de 1955, Mao Tse-tung advertía las dificultades fu-

turas que deberían enfrentar:

"Si en unos tres quinquenios no logramos resolver en lo fundamental el problema de la cooperación agrícola, es decir, dar un salto, pasando de la pequeña economía que emplea ganado de labor y aperos menudos a la gran hacienda mecanizada, incluyendo la roturación de tierras vírgenes llevada a efecto bajo la dirección del Estado en gran escala... no podremos resolver la contradicción entre las necesidades cada año mayores de cereales para el mercado y de materias primas para la industria y el bajísimo nivel de producción de los cultivos agrícolas básicos que actualmente se registra. Si así fuera, la industrialización socialista en nuestro país tropesearía con inmensas dificultades y no podríamos realizarla".

La cooperativización marchó en dos etapas planificadas: primero, los campesinos aportaron tierras y se unificó su administración, con características semisocialistas. Segundo, se colectivizó las tierras de la cooperativa y de otros medios de producción, con características netamente socialistas.

La cooperativización dió paso al surgimiento de las comunas populares. "Debemos tener fe en las masas, debemos tener fe en el Partido; estos son los dos principios fundamentales", recordaba Mao. Y las masas respondieron creando las comunas. Para quienes creen en la propaganda imperialista que afirma que las comunas populares son verdaderos campos de trabajo forzado, conviene informarles de que las comunas son creación de los propios campesinos chinos, y no idea de los dirigentes comunistas. Como Marx asimiló las experiencias de la Comuna de París, como Lenin estudió las soviets de 1905 para elaborar las características del poder proletario en Rusia, Mao Tse-tung analizó este fenómeno surgido por iniciativa de las masas campesinas, y lo sistematizó y planificó.

Las cooperativas agrícolas se vieron entrabadas por

dificultades varias: les era preciso emplear la mano de obra en escala mucho más vasta y planificada, realizar trabajos de adaptación de la técnica agrícola avanzada, efectuar grandes obras hidráulicas, etc. Por otra parte, la materialización de estos proyectos exigían la redistribución de las tierras en una nueva disposición de siembras y riegos. El acrecentamiento de estas actividades demandaba un aprovisionamiento mucho mayor de diversos implementos, la multiplicación de las vías de comunicación, la tecnificación del campesinado, la concentración de las viviendas campesinas demasiado dispersas y en consecuencia difíciles para la concentración de la mano de obra, etc. etc.

Este encadenamiento de fenómenos y necesidades surgió a los campesinos la conveniencia de unificar las grandes cooperativas de tipo superior, creando una nueva organización unitaria que agrupaba ya a cientos e incluso a miles de familias. Sechuán fué la zona donde esta iniciativa surgió y se desarrolló rápidamente, unificando aldeas y comarcas enteras (una comarca reúne varias aldeas), e implantando ya pequeñas industrias al servicio de sus necesidades agrícolas.

En el curso de algunos meses de 1958, 740.000 cooperativas agrícolas se transformaron, constituyendo unas 26.000 comunas populares. En ellas se agruparon 120 millones de familias campesinas. En las comunas quedaron comprendidos diversos ramos de la actividad social, como son: la industria, la agricultura, el comercio, la educación y los asuntos militares. En la comuna se ha unificado la producción rural y el poder estatal en el campo. Las comunas han establecido la práctica del abastecimiento gratuito de alimentos a las familias numerosas y con el establecimiento de los comedores comunales, han liberado una gran fuerza de mano de obra constituida por las amas de casa, fuerza que ahora puede volverse a la producción.

Al respecto del abastecimiento gratuito, algunos elementos derechistas criticaron tal medida como atentatoria al principio de "a cada uno según su trabajo". El Comité Central del Partido Comunista Chino rechazó tales críticas, manifestando que el abastecimiento gratuito era un germen del principio comunista de "a cada uno según sus necesidades", lo que, por cierto, no significa abandonar por completo el de "a cada uno según su trabajo".

Dice Li Ching-chuan:

"El principio de "a cada uno según su trabajo" debe realizarse en la etapa socialista. Pero esto no quiere decir que deba negarse el espíritu comunista de no prestar atención a las recompensas y trabajar desinteresadamente; éste, al contrario, debe estimularse".

Las comunas populares elevan el nivel de la propiedad colectiva hasta asumir ciertas características de propiedad de todo el pueblo. Esto, todavía es pequeño, pero debe señalarse, porque la tendencia del desarrollo de las comunas populares apunta a eso. Su acrecentamiento será consecuencia del crecimiento de la producción y de la elevación de la conciencia política de las masas.

Al desarrollar la industria en el campo, las comunas populares no solamente contribuyen al auge industrial de China, sino, además, están adelantando en el cumplimiento de un objetivo comunista: la eliminación de las diferencias entre la ciudad y el campo.

Las comunas populares también han comenzado a crearse en las ciudades, teniendo como centros a las grandes empresas estatales, los institutos o escuelas estatales y a todos los vecinos de determinado barrio o sector de la población urbana. Al igual que en las comunas populares del campo existen las brigadas de producción, las comunas urbanas tienen sus brigadas de tareas.

El mundo del futuro es un mundo de la colectividad
Y las comunas populares son el medio más adecuado a la
realidad china para arribar a este objetivo.



En la provincia de Kwantung, cerca de su capital, Cantón, visitamos la Comuna Popular de Sinchiao. Al llegar, vimos ya, destacándose en el frontispicio de uno de sus modernos edificios, debajo de los jeroglíficos chinos, la repetición del nombre de la comuna en caracteres latinos, pero con la peculiar ortografía empleada en este país: "Xinjiao Renmin Gongshe Lifang".

Sus dirigentes nos informan abundantemente y nos hacen pasear todo lo que quisimos ver y husmear. Nada que pareciera remotamente al "campo de concentración" y al "sistema de trabajos forzados" pudimos encontrar. Y en las nuevas viviendas campesinas, las familias estaban juntas, hombres y mujeres, con sus hijos. Y en verdad, ¿qué hubieran ganado los comunistas chinos separando los hogares, controlando las relaciones familiares? Absolutamente nada. Y para el espíritu práctico que anima al comunista chino, ganar nada es ya perder mucho. Si las comunas populares fueran como las pintan los propagandistas yanquis, los resultados serían catastróficos para la economía china. Pero, veamos qué sucede en la Comuna Popular de Sinchiao o "Xinjiao".

Fue fundada en agosto de 1958, sobre la base de doce cooperativas de tipo superior, que agrupaban a 11 000 familias constituidas por unas 51 000 personas. La Comuna posee más de 61 000 más de tierra cultivada, especialmente con hortalizas y frutas. Exactamente: las hortalizas ocupan unas 15 000 más, las frutas 20 000, la caña de azúcar 7 000 y el arroz 5 000. Otras áreas están ocupadas por flores aromáticas

y hierbas medicinales. Las tierras de esta Comuna son muy favorables, poseen abundante riego y un alto índice de fertilidad.

En diciembre de 1960 se realizó en esta zona la reforma agraria. Las estadísticas señalan que en ella existían 487 familias de terratenientes, con un total de 2676 personas, lo que significaba el 6,4% de la población de las aldeas de Sin-chiao y Li, hoy comprendidas en la Comuna. Estas familias terratenientes poseían 45.401 mus, o sea el 65% de la tierra cultivada, en tanto que los campesinos pobres y braceros que representaban el 45,75% de la población de dichas aldeas sólo poseían el 6% de la tierra. Por ello se veían en la necesidad de tomar en arriendo la tierra de los terratenientes. La renta, por lo general, ascendía al 60% de la cosecha anual, pero existían por lo menos otras treinta formas diversas de explotación. Por ejemplo, el terrateniente Pun Chien-kan, de la aldea Juangpu, valiéndose de sus influencias políticas, obtuvo de los burócratas reaccionarios el derecho de administrar los templos patriarcales, con lo cual se apropió para sí el rendimiento de 730 más, el que anteriormente se gastaba en los sacrificios a los antepasados.

Después de la reforma agraria, los campesinos pobres y braceros recibieron tierras, pero sufrían por la carencia de aperos agrícolas, la diseminación de la mano de obra y la falta de capital. Estas necesidades los empujaron a cooperativizarse. En 1961 ya se comenzaron a organizar grupos de ayuda mutua. Para 1964 participaban en ellos 2.142 familias campesinas. Con ello se logró centralizar la mano de obra, tener más efectividad en las labores de prevención de las calamidades naturales, acopio e intercambio de aperos de labranza, etc. todo lo cual fué muy beneficioso para la producción y para la economía de las familias integradas en los grupos de ayuda mutua. Estos grupos fueron las bases para desarrollar

las cooperativas de producción agrícola, habituando a los campesinos al trabajo colectivo. Pero la producción y la distribución seguían siendo propiedad individual, y existían limitaciones para un desarrollo más profundo y múltiple del trabajo agrícola. Para la primavera de 1954, las cooperativas agrícolas de tipo inferior tenían 188 familias. En 1955 ya habían 501 cooperativas del mismo tipo, con 6.124 familias, lo que significaba el 13% de las familias campesinas.

La producción de arroz acuático de la cooperativa aumentó en un 24% en relación a la producción de los grupos de ayuda mutua y, en general, los ingresos de los miembros de ella comenzaron a ingresar a ella.

El Partido Comunista guió a los campesinos para transformar su cooperativa en una de carácter superior, lo que significaba: aumentar la producción y diversificarla. Concentrando todo un distrito en una cooperativa podía concentrarse los recursos humanos, materiales y financieros. Correlativamente aumentaron en un 80%. Los demás campesinos significaba un aumento de ingresos, un mejor cumplimiento de los planes estatales y la supresión del sistema de propiedad privada sobre la tierra y los aperos agrícolas, elevando el nivel colectivista de los miembros.

En 1956, las demandas de los integrantes de las cooperativas determinaron la unificación de doce de ellas en una comuna popular.

En un año de su existencia ¿qué cambios se han producido?

Gran desarrollo de la producción agrícola: el valor global de la misma fue de 8.720 yuanes, o sea un 73% más que en 1957. El rendimiento por hectárea fue: hortalizas, 82.500 kilos (Un 16% más que 1957, arroz acuático, 7.980 kilos (57% más); caña de azúcar, 82.500 kilos (57% más). La producción total de frutas fue de 23.200.000 kilos (10% más que en 1957).

El valor global de la producción de la industria comunal en 1958 fue de dos millones de yuanes (cerca de cuatro veces más que en 1957). Entre Enero y Julio de 1958 se entregó al mercado 9700000 kilos de frutas, lo que significa unos dos millones de aumento en relación al mismo período del año precedente. Los ingresos agrícolas de toda la Comuna en la primera mitad de 1958 aumentaron en un 45%, y la producción industrial en igual período, y año fue de un 230% más.

La Comuna ha instalado un centro ganadero, un criadero de productos acuáticos, ha formado equipos de pesca, etc. Tienen ahora 600 vacas lecheras, 11.000 puercos, 300 caballerías, más de 700.000 aves de corral, etc., etc. Se ha destinado más de 1.800 más para estanques de pesca.

En lo cultural, el desarrollo también ha sido enorme. Hoy estudian 10.216 niños en las escuelas de la Comuna. El año 1958 eran sólo 1.200. Hay 529 estudiantes secundarios, aparte de los que estudian en las escuelas comarcales o municipales. Hay 118 guarderías infantiles, con 3.236 niños. En 1957 sólo habían 707 en unas pocas guarderías. Se ha desarrollado intensamente la cultura, formándose conjuntos teatrales, coreográficos y de ópera. Se han edificado siete salones de conferencias y espectáculos. La Comuna posee dos equipos propios de cine y una radiomisora. Todos los equipos de producción tienen sus equipos de altavoces. Se ha creado un hospital con diez puestos auxiliares. Cada equipo de producción posee su sala de salubridad. El personal médico atiende a 192 personas. Hay 111 comedores públicos y diversas casas para ancianos. (En China no les llaman asilos, sino "Casas de Respeto al Anciano").

En 1958 la Comuna distribuyó entre sus socios 4'600 000 yuanes, aparte de lo que muchos recabaron con sus economías auxiliares y el trabajo en sus parcelas propias. Esta suma representa un 37% de aumento con respecto a 1957. El ingreso

ingreso de cada familia en 1957 fue de 448 yuanes (118 por cápita, término medio), lo que significa poner los ingresos a nivel de los de los antiguos campesinos medios. Entre Enero y Junio de 1958 se distribuyó entre los socios más de 230000 yuanes, o sea un 125% de aumento con relación a igual período de 1957. La Comuna adquirió mercancías sólo en Mayo de 1958, por valor de 1'200.000 yuanes, o sea el 300% más de lo adquirido en igual mes del año 1957.

Esto no ha sido producto de una varita mágica. La Comuna Popular de Sinchiao, desde el primer momento de su formación, emprendió grandes trabajos hidráulicos, construyendo 8 diques grandes y pequeños, y 8 estanques que, con la red de canales, constituyeron todo un sistema de riego acorde a las necesidades agrícolas. La Comuna actualmente está invirtiendo más de un millón de yuanes en la construcción del gran dique de Sinchiao, que tendrá 18 kilómetros de largo y cinco estaciones de bombeo eléctrico. Este dique irrigará 40.000 más de tierra. Sólo con la Comuna puede utilizarse a fondo los recursos humanos, económicos y técnicos, en forma planificada a perfección, sin la vieja dificultad con que tropesaban las cooperativas, cuyos planes a veces resultaban contradictorios con los de las cooperativas vecinas. La coordinación de conocimientos técnicos y experiencia de los pobladores asociados a una comuna, asegura la efectividad de los proyectos y la mejor solución de los problemas. Esta Comuna ha establecido una fábrica de maquina agrícola, otra de reparación y construcción de lanchas y barcos, una fábrica de abonos químicos con métodos rústicos, un laboratorio de medicamentos agrícolas, etc. En total, son siete fábricas, con 1.500 obreros y un millón de yuanes en bienes.

Largo sería enumerar las cifras correspondientes a capitales invertidos en lanchas a motor y barcos, camiones y tractores, maquinaria eléctrica, etc.

**"Las comunas populares son buenas", dicen los cam-
peones chinos. "Las comunas populares son algo horro-
rosa, donde desaparece la dignidad humana", dicen los enemigos
del extranjero. Cada uno sabe por qué opina tan diversamen-
te. Las comunas aseguran el desarrollo feliz del socialismo
en China y su victoriosa marcha hacia la sociedad comunista.
Pero, al afianzar este camino, socavan toda esperanza del ca-
pitalismo y del imperialismo de volver a ensañarse en Chi-
na. Desde ese punto de vista, para los enemigos de la Revolu-
ción China las comunas "son horrosas". Dejémosles sus ra-
zones...**

CAPITULO I

Las masas, el socialismo y Confucio

El pueblo es el elemento
más importante.

Mencio
(Siglo IV, A. N. E.)

"El comunismo mata toda iniciativa individual", dicen
sus adversarios.

¿Han visto ellos el comunismo en acción alguna vez?
Yo he visto a los chinos desarrollar una prodigiosa iniciativa
en todos los terrenos de la creación humana. Podría llenar
páginas innumerables con los ejemplos. Bastará con algunos:

En Dairén, durante algunos meses hubo gran carestía
de fluido eléctrico. La población, para ahorrar energía, su-
primió el alumbrado público y se abstuvo de usar sus recep-
tores de radio. Para suplir la carestía idearon realizar em-
balses pequeños durante la mar y la pleamar en las playas.

utilizaron el agua de las alcantarillas en determinadas decli-
ves, se sirvieron del viento mediante molinos y aspas armadas
en el campo y en los techos de los edificios citadinos, pusie-
ron en marcha innumerables y arcaicos motores a vapor. O-
rnanaron bicicletas, quitándoles las ruedas, conectándolas a
poleas y montándose un chino, pedaleaba como si en este
"marathon" inmóvil se jugara un premio olímpico. Con cada
bicicleta, así acondicionada, obtenían energía suficiente para
iluminar cuatro bombillos. "¡Por Dios! —exclamó un latino-
americano al saber de tales métodos—, ¡solo les faltó subirle
el lomo al gato a ver cuánta electricidad conseguían con
ello!".

No sé si hubieran acogido la idea los chinos, pero con
las que ellos pusieron en práctica produjeron unos 60.000 vol-
tios, sin contar con que en muchas fábricas de tejidos, los
obreros libres movían a mano las máquinas para que sus com-
pañeros siguieran trabajando, produciendo así unos 2.000
voltios más.

En Dairén también, Lin Li-chan, obrero pulidor ideó
una máquina pulidora, con la que elevó su trabajo de 50 a 60
veces más. Y Lu Sun-ho, "inventor nato", como le llaman,
mientras estuvo enfermo en un sanatorio, ideó un tipo espe-
cial de persianas para tal clase de establecimientos.

En Wuján existe un gigantesco combinado frigorífico.
Los obreros tenían un problema: los cerdos llegaban a los chi-
queros del frigorífico llenos de pajas, y éstas se acumulaban
creando un constante peligro de incendio. Resolvieron el di-
lema instalando una fábrica de papel anexa al frigorífico. Los
excrementos también fueron industrializados en una planta
de gas metano. En general, los "desperdicios" del frigorífico
son utilizados ahora en la fabricación de 150 artículos diver-
sos. Los subproductos del cerdo mismo, son unos 130, entre
ellos 70 tipos de medicinas.

—Aquí tiene Ud. un frasco del "Extractum Carnis" — nos dicen—. Antes lo importábamos de Inglaterra a 80 yuanes el kilo. Ahora lo producimos aquí, en la fábrica de medicinas aneja al combinado frigorífico, a un costo de 8 centavos de yuan el kilo...

En Wuján, las altísimas chimeneas del combinado metalúrgico son otro ejemplo de la "falta de iniciativa" en el socialismo. Las primeras chimeneas de cien metros demoraban 180 días en ser construídas. En 1959 se concluyen en sólo 12 días. ¿Cómo?: los obreros idearon diversos procedimientos. Como por ejemplo el colocar dos andamios de 50 metros cada uno, ahorrándose los varios de 15 metros que antes empleaban; en lugar de colocar las tablas para el hormigón de dos en dos, las ponían de ocho cada vez; en lugar de esperar a que la anterior masa de hormigón seque, echaban la siguiente encima, logrando además del ahorro de tiempo, una mayor cohesión por eliminación de las "brechas" o juntas en el hormigón, etc. etc.

—Nuestros críticos creen que el tiempo lo acortamos mediante la intensificación de la táctica "hormiguera" —dicen los chinos—, o sea, hacer actuar a miles y miles de gentes en un trabajo para hacerlo más brevemente. Pero en este caso de las chimeneas, no hay espacio dónde hacer trabajar mucha gente. El recorte de 180 a 12 días para construirías, se debe exclusivamente a los mejores métodos introducidos por iniciativa de los mismos obreros, y a la tecnificación de éstos.

En Shanghai, en la Fábrica de Motores Eléctricos se construyeron los grandes transformadores de 230 000 voltios para la gran represa hidroeléctrica de Sin-han.

—Jamás habíamos fabricado transformadores tan grandes aquí —explica uno de los técnicos—, pero los obreros resolvieron acometer la empresa. Un transformador así pesa unas 126 toneladas, y nuestras grúas más grandes sólo

servían para 50 toneladas. Los obreros idearon el método de unir varias grúas para movilizar los grandes transformadores terminados. Nos faltaron medios de transporte para llevarlos de aquí, y pedimos ayuda a los ferroviarios. Ellos, en diez días, tendieron una vía desde las puertas de nuestra fábrica hasta la represa, y se llevaron los transformadores a sus emplazamientos.

Estas cosas sólo pueden suceder bajo el socialismo.

"El Plan Quinquenal de China está fracasando — dicen alborozados los críticos del exterior—, los planes no se cumplen: están mal calculados los gastos..."

Cierto. Los chinos están demostrando, igual que los soviéticos una irremediable falta de cumplimiento en sus planes. Veamos unos ejemplos:

El gran puente sobre el río Yang-tai y su sistema de vías elevadas y angua, fué presupuestado en 172 millones de yuanes. Pero las obras se finalizaron gastando sólo 130 millones.

La construcción del Combinado Frigorífico de Wuján fué financiada con 48 millones de yuanes. Sólo gastaron 23, ahorrando la mayor parte mediante la utilización de antiguos locales para las oficinas del Combinado.

El plan de producción de la Fábrica de Máquinas-herramientas Pesadas de Wuján era de 48 máquinas para 1959. Pero en el período de los "Grandes Saltos" industriales hubo que aumentar el plan al nivel del crecimiento y rápida de la producción, hasta 65 primero, luego a 130 y finalmente a 215 máquinas. Pero siempre la producción rebasó al plan multi-reformado, pues llegó a 315 máquinas en 1958.

El Alto-horno Nº 1 del Combinado Metalúrgico de Wuján, planeado para construirse en dos años, se concluyó en 14 meses y 13 días. Y el Alto-horno Nº 2 se construyó luego en... 140 días. El Horno Martín Nº 1, que debería construirse

en 18 meses, se terminó en 237 días.

En el astillero de Shanghai se planeó la construcción del transatlántico "Pa" N° 28, para 18 meses, los que, a medida que adelantaba el trabajo, debieron ser reducidos a 15, a 12, a 10 y 9 meses. El barco quedó terminado en 8 meses y 12 días.

Podría seguir con los ejemplos, pero con estos bastan. Efectivamente: los chinos no cumplen sus planes. Si nos aseguraran que construirán algo en un año, podemos dar por descontado que lo harán en seis meses... o en tres.

Esta rapidez pasmosa la "explican" los críticos del exterior, aduciendo que se trata de trabajo obligatorio, realizado bajo amenazas de muerte o de torturas, en los que se supone tradicionalmente expertos a los chinos. Mucha literatura y poca verdad. Seguramente que es posible obligar a la gente a trabajar, e incluso a trabajar rápido, pero ¿puede obligarse a las masas a trabajar cantando? ¿Puede lograrse un poder coercitivo tal, que las masas demuestren alegría y entusiasmo por lo que trabajan y producen? El entusiasmo y la alegría no necesitan intérpretes: se delatan en los rostros y en las actitudes, con tanta seguridad como se expresarían la pena y el temor, si los hubiera.

Yo he visto a los obreros y campesinos en China, trabajar cantando. Llegarse a los embalses de Mi-yun y escuchar la obra de decenas de miles de trabajadores en medio del resonar de sus broncos cánciones, y entusiasmarse viendo cómo, por tal o cual sitio, rompe a agitarse una bandera roja en un grupo que salta y baila haciendo sonar gongs y tambores, reclamando haber terminado en tiempo récord el trabajo calculado para el día, son experiencias que permanecen inolvidables.

¿Entusiasmo, fraternidad, orgullo? Sólo puede adivinarse el profundo significado de estas palabras, asistiendo a la celebración del Primero de Octubre. El día de la fundación.

ción de la República Popular China, en Pekín, no es solo una exhibición imponente de masas, y un desfile organizado artificialmente, tan artificialmente como el espíritu chino y su finura creadora son capaces de realizarlo, sino, además, un examen del corazón del pueblo chino. Ese entusiasmo por las conquistas hechas y por las que prometen alcanzar, esa fraternidad natural y desbordante para con los visitantes de todos los lugares del planeta, ese orgullo patriótico de mostrarles lo que es la Nueva China: todo eso no es, no puede ser fingido, ni planificado, ni obligado.

¿Cuál es el filtro mágico de Mao Tse-tung y sus colaboradores, para lograr esta realidad? Difícil comprenderlo en breves páginas. La exposición de lo que los idealistas llamarían las "fuerzas morales" del pueblo chino, puede ser tema de un volumen especial. Pero los chinos son muy amantes de los apólogos, de los refranes y proverbios. Y en China he oído algo que, para ponerme un poco a tono con el mundo "occidental" y con los "cazadores de brujas", llamaré consigna. ¿Quién la ideó? No lo sé. ¿Quién la difunde? Todo el pueblo. Es ésta:

"Cien y mil normas: la primera norma es la dirección del Partido. Mil y cien mil dificultades: apoyándonos en las masas no hay dificultades".

En este preciso mecanismo de relojería que es la sociedad socialista y, específicamente, en la sociedad de la Nueva China, esto se llama también: "ir a las masas y volver de las masas". El Partido Comunista y el Gobierno Popular, no son ciegos e inflexibles cuerpos de burócratas convencidos de su propia infalibilidad. Los dirigentes chinos estudian la situación específica antes de tomar un acuerdo. Luego este acuerdo en embrión, es sometido al conocimiento, opinión y crítica de las masas. Una democracia viva por lo masiva, funciona aquí. Los organismos populares de todo tipo dan su con-

nión. El conjunto de estas opiniones, son estudiadas por los dirigentes y funcionarios. Conforme a ellas, corrigen sus acuerdos, o los amplían y sistematizan. Después de este proceso, recién la medida se ejecuta, sometida siempre a constantes verificaciones con la práctica.

Este sistema impide toda posibilidad de envejecimiento o de autosuficiencia de los dirigentes. Pero ellos tienen otro recurso más para evitarse tales desviaciones: todos los dirigentes, un mes cada año, dejan de serlo para trabajar y vivir al lado de las masas, en las mismas condiciones de las masas. Los directores de fábricas, en ese lapso, trabajan como obreros. Los mariscales y otros altos jefes del Ejército Popular, se convierten en simples soldados de filas y hacen vida común con los demás. Esto, no solamente inyecta una periódica dosis de sencillez en los dirigentes, sino que también les dota de mayores experiencias y más poderosos conocimientos de la realidad objetiva de su pueblo, todo lo cual incide en la acertada conducción por el Partido y el Estado, de todo el país.

Los chinos recuerdan constantemente, como un hecho de hoy, la historia del sabio Tu Ko-lian, ministro de un emperador imbécil, y de cómo surgió el refrán que dice: "Tres ratones valen lo que un Tu Ko-lian", símbolo de que por muy grande que sea la sabiduría de un ministro, más grande es la sabiduría del pueblo en su conjunto. Esas enseñanzas ancestrales, no son menospreciadas por los dirigentes chinos de hoy. Al contrario, ellos son los primeros en recordárselas y ponerlas como ejemplos. Mao inserta en sus obras múltiples citas de los clásicos chinos de la antigüedad y las fábulas de los libros Chuang Tse y Lie Tse. La Shao-chi, en los años de Yenán, dictaba sus conferencias sobre "Cómo ser un buen comunista", citando a Confucio. En Mi Yuen, un dirigente local sonrió ante nuestros elogios por la obra gigantesca que realizan, diciendo: "Los dioses nos han sido benignos"...

Veinticuatro siglos atrás, en México, encontramos ya la explicación de por qué perdió China Chang Kai-shek, y por qué la ganaron las fuerzas revolucionarias dirigidas por el Partido Comunista:

"La pérdida del reino por parte de Chieh y Chou se debió a que perdieron el pueblo; y perder el pueblo significa perder sus coronas. Hay una manera de conseguir el reino: consiguiendo la gente, y con ello se consigue el reino. Hay una manera de conseguir sus coronas; consiste simplemente en darles lo que desean, y no imponerles lo que les disgusta".

En el "Tao Te King" (Libro de Tao), encontraremos algo que, como los chinos, podríamos identificar sin esfuerzo con las normas del comunista militante:

Aquel que permanece en puntas de pie no se para firme;
Aquel que fuerza sus pasos no camina bien;
Aquel que se revela a sí mismo no es luminoso;
Aquel que se justifica a sí mismo no tiene larga fama;
Aquel que alardea de sí mismo no merece crédito;
Aquel que se enorgullece de sí mismo no es un jefe entre los hombres.

Si algunos creen de buena fé que el marxismo es una doctrina extraña e inaceptable de buena gana por los chinos, deberían remontarse... a Confucio, que dice en sus "Aforismos":

"... Cuando la riqueza está distribuida equitativamente, no hay pobreza. Cuando el pueblo está unido, no puede llamarse una nación pequeña, y cuando no existe el descontento (o cuando el pueblo tiene un sentido de la seguridad) el país está seguro".

De Confucio se contaba que en algún lugar de China gobernó durante cierto período, y que ésa fué una época de felicidad y satisfacción, al extremo que los habitantes dejaban sus casas abiertas y nadie penetraba a robar, pues no preci-

sabon nada que se pudieran obtenerlo por sus propios medios. No al cuanto de verdad y de leyenda haya en esta version, pero en la Nueva China esta es hoy una realidad.

En la Nueva China hay una bandera roja, en la cual se ven una estrella dorada rodeada por otras cuatro mas pequeñas. La estrella grande representa al proletariado, el resto de las estrellas a las clases y capas populares que componen la Nueva China. Tal vez muchos chinos, mirando en sus libros, recuerdan a Confucio.

"Un sabio que gobierna a la nacion por medio de la virtud es como la Estrella Polar que permanece en su lugar mientras las otras estrellas giran a su alrededor".

A manera de epílogo

Finalizo estas páginas, y sin embargo ellas no me han proporcionado espacio para tratar temas como el de la industrialización en China, la situación de la mujer, los problemas educacionales, la literatura y el arte, entre otros. Cuando poder exponerlos en otro volumen si los medios correspondientes, las "libertades democráticas" del llamado "Estado de Derecho" y las ingeniosas maniobras de algunos raros y celosos "revolucionarios" me lo permiten.

Son, pues, sobrados obstáculos. Los primeros son fácilmente comprensibles. El último parece extraño. En realidad no lo es cuando se conoce un poco la naturaleza humana, y si se tiene en cuenta que hay dos tipos de revolucionarios, los que se entregan a la revolución y los que quieren servir de ella. A estos últimos, lo menos que puede hacerse es mencionarlos entre comillas.

A estos "revolucionarios" les sucederá cualquier día lo que cuenta Shen Bu-jai del señor Ye, a quien le gustaba mucho los dragones, al extremo de tenerlos grabados o pintados por todo sitio en su casa. Cuando el rey de los dragones se enteró de esta simpatía del señor Ye, resolvió visitarlo. Cuando llegó a su casa, metió la cabeza por una ventana. El señor Ye, al ver un dragón auténtico, huyó aterrorizado. En verdad, el señor Ye no amaba a los dragones. Sólo le gustaba la forma del dragón...

Así también, es muy agradable jugar a "revolucionario", hasta que llega la revolución. En China también hubo muchos señores Ye, que terminaron recordando que "de los

trata : siete estrategias la mejor es correr..."

Mi comentario no está demás, pues me sirve para sostener que, de todas las creaciones de la Revolución China, la que más admiro, porque la estimo fundamental, es la forja de un nuevo tipo de hombres, de un temple que únicamente el sacrificio personal combinado con un indetenible amor al pueblo, una firme teoría confrontada con una experiencia práctica tal vez sin parangón, pueden producir.

El viejo filósofo de Tréveris sabía el camino que conduce a este resultado, cuando decía a los obreros alemanes "Tenéis que pasar por quince, veinte, cincuenta años de guerras civiles y guerras nacionales, no meramente para cambiar vuestras condiciones, sino a fin de cambiaros vosotros mismos y volveros aptos para el poder político".

Los revolucionarios chinos han atravesado por un cuarto de siglo de luchas armadas: tres guerras civiles y una guerra nacional, y puede decirse que en el curso de ellas, los cobardes y aventureros, los egoístas y oportunistas, los mercenarios y sectarios, fueron marginados o se automarginaron. Las caudalosas aguas de la Revolución China no arrastran basuras. Los Tartufos han concluido su comedia.

Volviendo la mirada a mi Patria, pienso que los caminos de la Revolución Peruana se ofrecen largos y escabrosos. Si de algo sirven estas páginas a los revolucionarios —sin comillas— de nuestro Perú, sentiré que algo del hábito de pureza y dignidad que es la Revolución China, nos ha llegado desde el Oriente donde —a despecho de la loca geografía imperialista que clasifica a Checoslovaquia como "Oriente" y a Japón como "Occidente"— nace la aurora, indefectible, irremediablemente.

Sombrio parece el panorama de nuestra Patria. Pero, ¿no se ha dicho ya que nunca es tan negra la noche, cuando falta poco para que irrumpa la aurora?

Indice

Dedicatoria	3
A manera de prólogo	7
CAPITULO I	
Lima — Pekín	9
CAPITULO II	
Los Míng y el "renmin"	17
CAPITULO III	
Shanghai	27
CAPITULO IV	
El señor Wu, capitalista en la Nueva China	33
CAPITULO V	
Los burgueses chinos	43
CAPITULO VI	
Hombres de "sexta categoría"	57
CAPITULO VII	
La Revolución China comienza	70
CAPITULO VIII	
La Revolución China triunfa	85
CAPITULO IX	
Las "horribles" comunas	111
CAPITULO X	
Las mamas, el socialismo y Confucio	134
A manera de epílogo	139